$ 4 - 400 m/n.

5 ARGENTINA



CATAMARCA I



PRESIDENTE
Carlos Civita
GERENTE EDITORIAL
Antonio Salonia
GERENTE COMERCIAL
Eric Skinner

ARGENTINA

Editor
César Civita
Coordinador General
Fernando Lida García
Jefe Editorial
Rubén Tizziani
Coordinador Técnico
Néstor Maldonado
Equipo Asesor
León Pomer,
Prof. Adelia María Pommerenck
Prof. Martha Irene Stefanelli
Redactores
Pablo Ananía
Luis Grassino

PLAN DE LA OBRA

TOMO I. 1) Buenos Aires. 2) Buenos Aires. 3) Capital Federal. 4) Capital Federal. 5) Catamarca. 6) Catamarca. 7) Córdoba. 8) Córdoba. 9) Corrientes. 10) Corrientes. 11) Chaco. 12) Chaco. 13) Chubut. 14) Chubut. 15) Entre Ríos. 16) Entre Ríos.

TOMO II. 17) Formosa. 18) Formosa. 19) Jujuy. 20) Jujuy. 21) La Pampa. 22) La Pampa. 23) La Rioja. 24) La Rioja. 25) Mendoza. 26) Mendoza. 27) Misiones. 28) Misiones. 29) Neuquén. 30) Neuquén. 31) Río Negro. 32) Río Negro.

TOMO III. 33) Salta. 34) Salta. 35) San Juan. 36) San Juan. 37) San Luis. 38) San Luis. 39) Santa Cruz. 40) Santa Cruz. 41) Santa Fe. 42) Santa Fe. 43) Santiago del Estero. 44) Santiago del Estero. 45) Tucumán. 46) Tucumán. 47) Tierra del Fuego. 48) Antártida e islas del Atlántico Sur.

TOMO IV. 49) Región 1 y región 2. 50) Región 3 y región 4. 51) Región 5 y región 6: 52) Región 7 y región 8. 53) Argentina. 54) Argentina. 55) Argentina. 56) Argentina. 57) Argentina. 58) Argentina en el mundo. 59) Argentina en el mundo. 60) Argentina en el mundo.

TOMO V. Hombres y hechos en la historia argentina.

ARGENTINA es una edición de Abril Educativa y Cultural S.A., avenida Leandro N. Alem 896, Capital Federal. Distribuidor en la Capital Federal: Vaccaro Hnos., Solís 585, Capital Federal. Interior: RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso. Teléfonos 45-0406/2844. La cartografía de ARGENTINA ha sido elaborada por el Instituto Geográfico Militar, por el Automóvil Club Argentino y por el departamento cartográfico de Abril Educativa y Cultural S.A. Todos los mapas cuentan con la correspondiente autorización del Instituto Geográfico Militar, según lo establece el Superior Decreto Nº 8.944.
ABRIL EDUCATIVA Y CULTURAL S.A. agradece la colaboración de la Dirección Nacional de Turismo, del Instituto Geográfico Militar, del Ministerio de Educación de la Nación, de las distintas dependencias oficiales, de las autoridades provinciales y del Automóvil Club Argentino.

Para la compra de números atrasados dirigirse a RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso, Capital Federal.

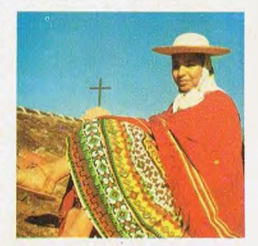
ARGENTINA

Esta obra, destinada a ofrecer un panorama completo del país, se compone de sesenta fascículos, de aparición semanal, con los que podrán formarse dos colecciones diferentes. La primera, ARGENTINA, contiene una descripción geográfica, histórica, económica, social y cultural de la Capital Federal, provincias, territorio de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, del país argentino en su conjunto y en relación con las naciones del mundo. Está integrada por las veinte páginas interiores de cada fascículo (excluidas las tapas), reunidas en tres tomos de 320 páginas y uno de 240, cuyas tapas se ofrecerán con los fascículos números 16, 32, 48 y 60. La segunda, HOMBRES Y HECHOS EN LA HISTORIA ARGENTINA, incluye acontecimientos fundamentales del pasado nacional, anécdotas y sucesos que han caracterizado al país, a su gente, a sus hijos y héroes más insignes. Está formada por las contratapas de los fascículos, una vez separadas, plegadas por donde se indica y reunidas en un tomo de 240 páginas. La tapa correspondiente será ofrecida al final de la obra.

NUESTRA PORTADA:

Iglesia de San Francisco en la ciudad capital.

El próximo fascículo:



CATAMARCA II

- Los problemas de la industria
- Los tesoros de Farallón Negro
- El poncho: un arte centenario
- El agreste paraíso del turismo

ISIDORO SANDUAY (Fragmento)

Regresaba de Copiapó, de donde saliera hacía tres días, y ahora, ya en uno de los valles de la frontera, buscaba el refugio de la casucha de pirca o piedra bruta, que apenas podía distinguirse entre la babel de peñas y peñascos, pues tan petisa era que los hombres para entrar debían hacerlo medio en cuatro patas.

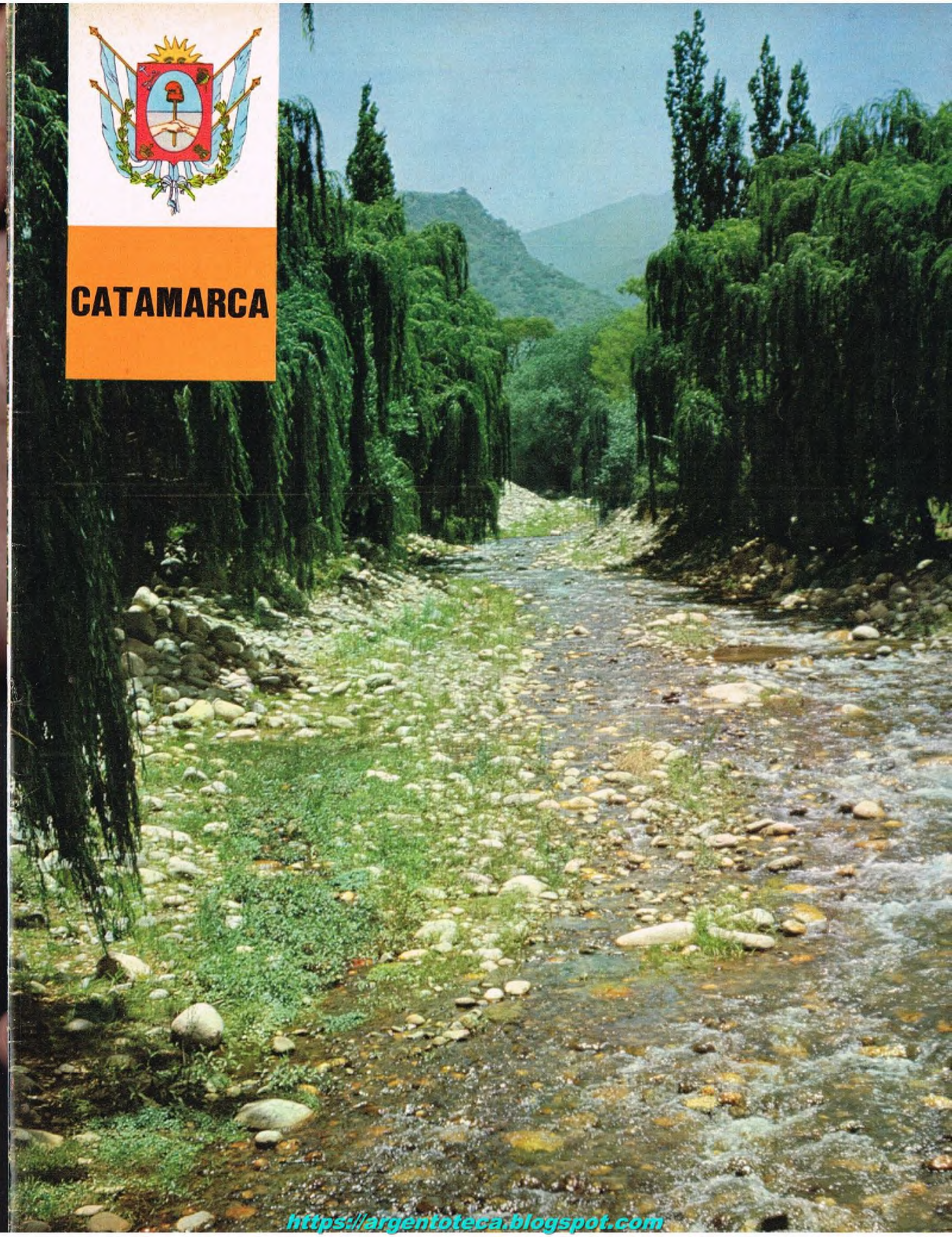
Ni decir que el nuestro traía el uniforme que obliga la cordillera: poncho calamaco de espesor de capote, sombrero ovejón pasamontaña, boa de vicuña, guantes caseros y antiparras oscuras contra la mirada de basilisco de la nieve soleada. Atada a los tientos del borrén trasero a modo de mochila, dos cobijas envueltas en un cuero sobado. Lo demás, comenzando por el ajo contra el asma, en las alforjas panzudas.

El hombre descabalgó y desensilló su mula, y la acomodó detrás de la casucha en un reparo de peñas a resguardo del viento, dejándole por toda vitualla unos puñados de maíz y algarroba. Ya se desquitaría la pobre en la noche del día siguiente en las vegas del primer valle del bajo. Fue al darle la espalda para volver sobre sus rastros cuando sintió, sobrecogiéndose un poco, el relincho de la mula, tan endiabladamente largo y tan en violación del silencio de camposanto de las cimas, que resonó también en los huecos de su alma aquel sollozo de añoranza de los pagos de sol y alfalfa, allá en lejanías y niveles tal vez hundidos para siempre.

Volvió a la casucha el hombre, acabó de entrar sus bártulos y se preparó a hacer fuego con leña de yareta (esa planta casi milagrosa que aplastada por el clima sin misericordia de la gran altura se cierra sobre sí misma formando a ras de tierra con su tronco, ramas y hojas una especie de hongo a prueba de hacha y hundiendo en tierra raigones tan leñosos como el algarrobo). Aunque traía fósforos en una cajita de lata guardada en una chuspa junto con el tabaco y la coca, prefirió el eslabón, cuyas primeras chispas prosperaron sobre un puñado de musgo seco. Al rato ardía un buen fuego, aunque llenando de humo la covacha. Puso la pava para el café y la ollita para el chilcán, guiso cordillerano improvisado con harina cocida de maíz y charqui y mucho ají. Todo ello no antes de haberse descalzado y arrimado a las brasas sus pies empedernidos de frío.

CUENTOS OREJANOS

LUIS FRANCO


CATAMARCA

A veces, en Catamarca, una lluvia tenue humedece la tierra. Entonces, los cerros se llenan de rumores. Son los sonidos del agua que se estrella contra las piedras resecas, los silbidos del viento que arrea un polvo denso y lo disuelve en el aire, repentinamente fresco. Cuando ello sucede, otros rumores se oyen: los de la gente que agradece, en humilde rezo, la llegada del agua apetecida.

Se puede decir que, en Catamarca, la vida depende de la lluvia. Ella mitiga todas las penas, aviva los sembrados, enciende en los rostros de la gente una nueva esperanza en su tierra, en los cultivos.

Sin embargo, pese a ser tan dramática la relación entre el hombre catamarqueño y los elementos naturales, quienes no conocen profundamente la provincia pueden suponer que su paisaje poco tiene que ver con los sufrimientos. Es que, en Catamarca, también habita la belleza. Montañas de intensos tonos pardos, azules, grises o rojos, de acuerdo con las rocas que las forman, surgen imponentes en las dos terceras partes de su territorio. Y entrelazados con esos majestuosos vigías de la tierra, uniendo cerros gigantescos, se tienden valles extensos, planicies de un verde translúcido. En realidad, todos los paisajes parecen darse cita en Catamarca. Cuando de pronto la visión del verde quiere hacerse infinita, surgen, desolados, otros territorios que interrumpen esa continuidad. Son tierras ardientes, bajas, secas. La vida en ellas es imposible, sobre todo en zonas tapizadas por una costra de sal, como Laguna Blanca, Salinas Grandes o Pipanaco, que ocupan millares de hectáreas.

A lo deslumbrante, pintoresco o estéril que la naturaleza ha volcado sobre toda la extensión de Catamarca, la provincia agrega la condición de ser uno de los territorios argentinos con mayores posibilidades de riqueza. Aunque esto parezca una contradicción, así es la tierra: esconde en sus entrañas yacimientos minerales que pueden proporcionar oro, plata, hierro, plomo y estaño en cantidades generosas.

Otros tesoros, no menos sustanciales, puede ofrecer Catamarca: los de sus antiquísimas leyendas, pobladas de divinidades que derivan de la más pura mitología aborigen, a las que se sumaron, luego, tradiciones originadas en la fe cristiana de los colonizadores.

EL INDÍGENA: PRESENCIA ETERNA DE LA TIERRA

Cuando Catamarca aún no tenía nombre, ni existía siquiera en la imaginación de los adelantados que desembarcaron en el río de la Plata, en su tierra moraban las tribus calchaquíes, pomanes y diaguitas, pueblos sometidos a la influencia del inmenso imperio de los incas. Los diaguitas eran, sobre todo, quienes más respondían a esta herencia: se distinguían por su alto grado de civilización y por su capacidad bélica, la misma que demoró casi un siglo la dominación final de los españoles.

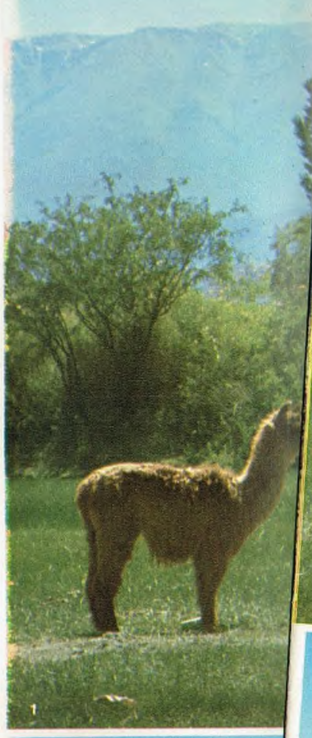
A pesar de la dependencia que los ligaba al imperio incaico, los indígenas que habitaban Catamarca conservaron sus hábitos y costumbres, peculiares de la región del noroeste argentino: alcanzaron un excelente desarrollo socioeconómico que les permitió conservar la unidad como pueblo y distinguirse por la organización de sus aldeas. Eran expertos agricultores, como lo demuestran sus trabajos para contener la erosión de los cerros, y dominando la técnica del riego, utilizaban las acequias para distribuir el agua entre todos los poseedores de tierras cultivables.

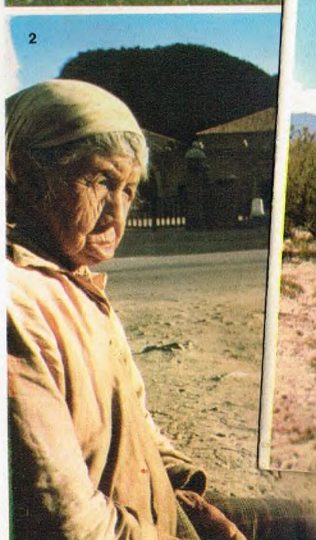
En el aspecto religioso se diferenciaban también de otras tribus que poblaban la región: no rendían culto a un dios determinado, pero veneraban al sol y a los árboles, de manera especial al algarrobo, entre otras razones porque gracias a sus frutos producían el pan de *patay* y la aloja, una bebida espirituosa que aún hoy se elabora en Catamarca y que la copla popular exalta con humor reverente:

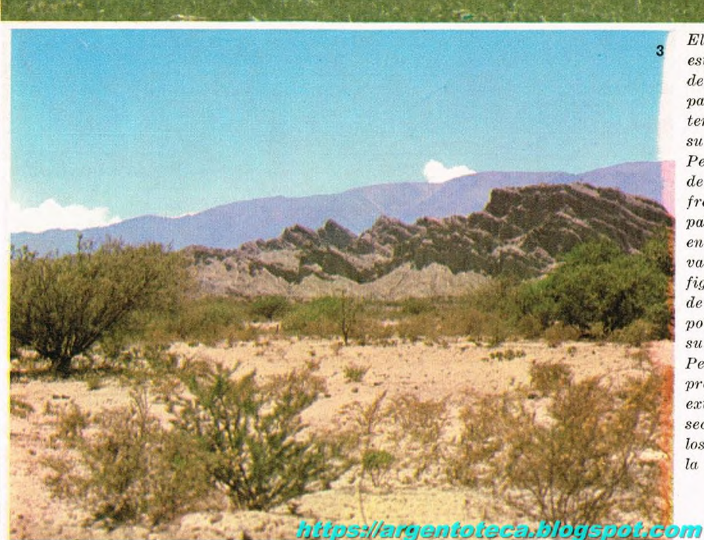
Miren qué diabla es la aloja
machacada en el mortero.
Se me sube a la cabeza
como si fuera sombrero.

Pero no sólo la aloja perdura de aquella lejana civilización diaguita. Esos hombres y mujeres de tez oscura prolongaron su laboriosidad en la artesanía del pueblo catamarqueño, principalmente en el arte del tejido. Un manuscrito de 1778 describe, por ejemplo, que "no hay rancho en toda Catamarca que no tenga uno o dos telares, con su torno para hilar y otro para desmotar algodón".

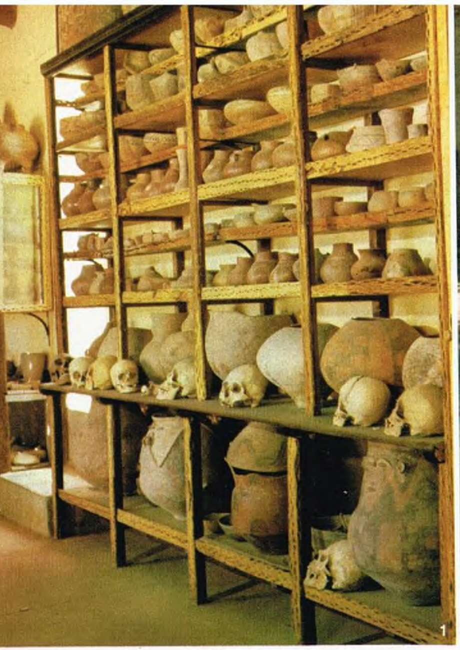
Importantes son los testimonios que los habitantes de la llamada "tierra de los valles" dejaron estampados en las piedras, como los que todavía se observan en Laguna Blan-


1

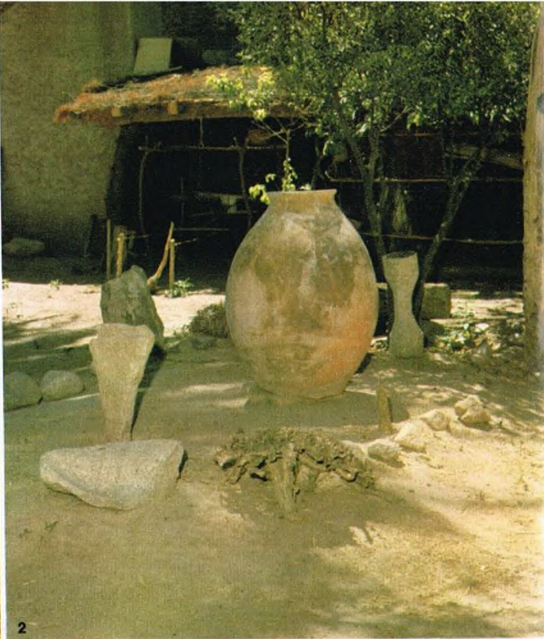

2



El territorio de Catamarca está surcado por la cordillera de los Andes y las sierras pampeanas, que dan a las dos terceras partes de la provincia su peculiar carácter montañoso. Pero esa imponente sucesión de grandes moles de piedra frecuentemente se interrumpe para dejar paso a valles fértiles en los que la cría de cabras, vacas, ovejas y llamas (1) figura entre los principales medios de subsistencia de una población cuyos rasgos evidencian su ascendencia diaguita (2). Pero no siempre el verde predomina en el paisaje. Hay extensas regiones de tierras secas y áridas, en donde los árboles achaparrados son la única vegetación existente (3).



1



2

ca, a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar. En ellos se evidencian algunos aspectos de la vida cotidiana, la vestimenta (según se deduce de los petroglifos, usaban túnicas que descendían hasta los tobillos), o la manera de servirse de la llama como medio de transporte.

EN NOMBRE DEL REY Y PARA GLORIA DE ESPAÑA

El esplendor y poderío que alcanzó la nación diaguita no pudo resistir, pese a todo, el furor armado de la conquista. Los soldados españoles estacionados en la zona, o los que marchaban hacia el oeste, ansiosos por hallar los tesoros que sus sueños y fantasías imaginaran como fastuosos, reprimieron todos los intentos de rebelión de un pueblo que se negaba a ser sojuzgado.

España descubrió la región a mediados del siglo XVI, cuando el capitán Diego de Almagro buscaba una vía de salida hacia Chile. La primera fundación, sin embargo, se debió a Juan Pérez de Zurita, quien en 1558 levantó en el valle de Quimivil los cimientos de San Juan de la Ribera de Londres, en homenaje a María Tudor, reina de Inglaterra y esposa de Felipe II, rey de España. Destruida por los indios en 1607, la ciudad fue reconstruida poco después, con el mismo nombre. Dos décadas más tarde la ira de los diaguitas volvió a reducirla a escombros. Una nueva fundación y una tercera agresión indígena debió soportar el caserío, literalmente arrasado por los diaguitas en 1633. Cincuenta años más tarde se pensó en la fundación de una nueva ciudad en la región. Fue el conquistador Fernando Mendoza Mate de Luna quien la emplazó, el 5 de julio de 1683, al pie del cerro de Ambato, sobre el río del Valle, con el nombre de San Fernando del Valle de Catamarca, denominación y ubicación geográfica que conserva hasta el día de hoy.

En poco tiempo el nuevo poblado se constituyó en el epicentro de la vida económica y social del noroeste argentino. Esta vez, la dominación española no fue hecha a punta de lanza y espada: se trató de asimilar al indígena ofreciéndole trabajo, propuesta que dio excelentes resultados, ya que a cambio de paz y víveres los diaguitas aportaron la técnica de sus tejidos y el admirable dominio del telar.

El desarrollo de la vida cultural de Catamarca no fue diferente del de las otras ciudades coloniales, en las cuales predominaba netamente la enseñanza religiosa por encima de las tradiciones y los ritos indígenas. En realidad, las primeras instituciones educativas surgieron a partir de 1754, fecha en que se fundó el Colegio de San Francisco, antecedente que permitió, treinta años más tarde, la creación de la escuela de las hermanas Villagrán.

Por entonces, Catamarca también comenzaba a vivir, tan intensamente como el resto del territorio argentino, los episodios de una lucha que culminaría recién en 1810, con el advenimiento de la Revolución de Mayo. Y así como no fue ajena al proceso de liberación, tampoco pudo eludir, luego, la política centralista de Buenos Aires, culpable en última instancia del deterioro económico provincial.

Cruentas luchas signaron su crecimiento a partir del momento en que se enarboló por primera vez en la casa de gobierno de Catamarca la







Antes de la conquista, Catamarca albergó las civilizaciones indígenas más desarrolladas del territorio que acabaría por formar la Argentina. Testimonio de ello son las cerámicas que se conservan en el Museo de Cultura Diaguita, en Belén (1), las tumbas del mismo origen (2) y el sorprendente grado de abstracción de las esculturas en piedra, como esta figura implorante (3) que se exhibe en el Museo Fray Mamerto Esquiú, en la ciudad capital. Esta institución recuerda a uno de los hijos más ilustres de la tierra catamarqueña, cuyo corazón (4) se custodia en la iglesia de San Francisco. Asimismo, en su casa natal, ubicada en la localidad de Piedras Blancas, se mantiene la celda (5) donde el sacerdote se entregaba a la oración.

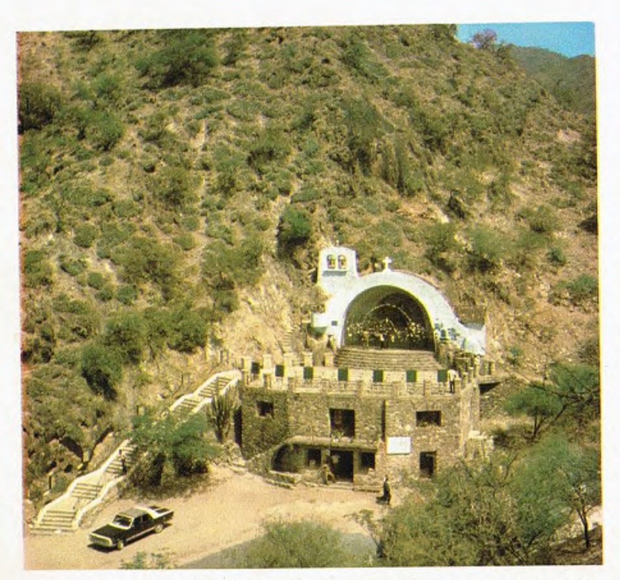
bandera azul y blanca. Corría entonces el año 1817 y ya unitarios y federales se enfrentaban con cierta violencia en el terreno político. Las familias principales de la pequeña comunidad del valle se incorporaron a uno u otro partido. Sobrevinieron tiempos de agitación. El de 1820 fue un año negro para el país: sin autoridad nacional de ninguna naturaleza, cada provincia se replegó sobre sí misma o entró en alianza con sus vecinas, despreocupándose de la realidad argentina.

Fue así como nació, entonces, la República Federal de Tucumán, que el caudillo Bernabé Aráoz fundó sobre los territorios de Tucumán, Catamarca y Santiago del Estero. La republiqueta, pese a todo, tuvo efímera vida. Los gobernadores de Salta y Santiago del Estero, Martín Güemes y Felipe Ibarra, le declararon la guerra.

Güemes sostenía que Aráoz le negaba auxilio para concluir con los realistas y lanzó sobre la República de Tucumán un cuerpo de ejército al mando del coronel Alejandro Heredia. Este, a su vez, designó al coronel Apolinario Saravia para que, al frente de una reducida tropa, invadiera Catamarca. No tuvo oposición, y la provincia se desprendió, momentáneamente, de la República de Tucumán. Sólo hasta que aparecieron nuevamente en escena los enviados militares de Aráoz, quienes conminaron al Cabildo provincial a aceptar a Nicolás Avellaneda y Tula como gobernador intendente de la provincia, en representación de Aráoz y su república. Así sucedió, en efecto, pero poco más tarde el propio Avellaneda declaraba la autonomía catamarqueña de sus dominadores tucumanos, exactamente el 25 de agosto de 1821. Su gobierno no fue, sin embargo, duradero. El 17 de octubre de ese año un golpe de Estado lo derribó, pero otro lo repuso en la casa de gobierno el día 30, hasta que, finalmente, renunció en marzo de 1822, delegando el mando en Eusebio Gregorio Ruzo.

A partir de entonces sobrevino en Catamarca una época de relativa tranquilidad. Sin embargo, volvió a convertirse en escenario de las mismas rencillas que, por igual, asfixiaron al país entero. La provincia no logró unificarse sino hacia 1853, año en que se sancionó la Constitución Nacional. Fue en esa época cuando surgió con todo su ímpetu una de las figuras claves del proceso histórico-político catamarqueño: fray Mamerto Esquiú, quien por sus memorables discursos recibió el título de "El orador de la Constitución".

Tenaz defensor de los intereses regionales, Esquiú fue uno de los protagonistas del *despegue* catamarqueño. Gracias a su esfuerzo, y durante el gobierno del primer mandatario electo bajo el imperio constitucional, Octaviano Navarro, la provincia contó con una imprenta, un hospital, un periódico. Fue, también, uno de los primeros territorios del noroeste que gozó de alumbrado público. Pero este período de bonanza no habría de durar mucho. Como sucedió con la mayoría de las provincias argentinas, Catamarca se vio sumergida, poco después, en el desconcierto de la guerra civil, un mal cuya solución sólo se atisbó en 1888, coincidentemente con la inauguración de la red ferroviaria, puntal del desarrollo regional. La posterior creación del Banco de la Provincia y de una sucursal del



Gruta de la Virgen del Valle, situada a seis kilómetros de Catamarca.

Banco Hipotecario Nacional en la capital catamarqueña consolidaron, finalmente, todos los intentos tendientes a la estabilización económica provincial.

Pero en Catamarca, quizá como en ninguna otra región del suelo argentino, este proceso no se dio fríamente. No fue un mero fruto de la planificación. Por el contrario, estuvo, desde sus orígenes, teñido de los más arraigados sentimientos populares. Es más: todo gesto, todo acto productivo, toda acción que tendiera a extraer los frutos de la tierra, respondían, para los catamarqueños, a un mandato casi divino. El de la naturaleza, exaltada por leyendas y ritos ancestrales.

LAS MONTAÑAS DE LOS DIOSES OCULTOS

Ese afán de los catamarqueños de difundir en torno de todas sus realizaciones un hálito mágico es herencia de siglos de cultura indígena. De sus antepasados aprendieron los habitantes de los valles de Catamarca a reverenciar la tierra, a cantarla. No por casualidad, en cualquiera de sus pueblos, la copla es ley; la leyenda, una presencia invariable de la vida cotidiana.

Los dioses catamarqueños son familiares. De corporizarse alguna vez, lo harían con la forma de un labriego, o de un pastor. Habitan en las montañas y son celosos guardianes de su refugio. La *Pachamama* es la tierra madre, todopoderosa en la inmensidad de los cerros. De ella dependen tanto la abundancia del "multiplico" de los cabríos como la buena siembra y cosecha del trigo.

Rendirle culto a la *Pachamama* es habitual. Infinidad de ritos se crearon para ello. Algunos no eluden la crueldad: como el que obliga a los nativos a enterrar en la tierra pedazos de orejas cortadas a los cabritos, para pedir a la diosa abundante cría. Si lo que se quiere es sólo protección para el viajero, basta con tirar piedras y cigarros en las "apachetas", especie de altares levantados en su honor a la vera de los caminos, en las cumbres, o en las encrucijadas, donde al paso se eleva una plegaria.

El *Llastay*, por su parte, es el dios encargado de proteger a todos los animales de la montaña. No son pocos los que cuentan haberlo visto. Los pastores dicen que se aparece cuando no se ha pedido permiso para cazar o cuando el cazador furtivo ha sacrificado una vicuña dejando a los "tequesitos", las crías, desamparados. El castigo del *Llastay* puede ser terrible: induce a los que quebrantan la ley no escrita de los cerros a soñar con animales fantásticos, con guanacos dorados y vicuñas de plata que jamás pueden alcanzar.

Los bosques, a los que los indígenas también rendían culto, tienen su dios guardián: el *Sachajoy*. La leyenda le ha conferido el don de poder ocultarse con absoluta impunidad y cambiar de tamaño cuando espía, detrás de los árboles o entre los pétalos de una flor, a quienes destruyen la vegetación. Se vale también de su admirable virtud para imitar las voces de los hombres, de los perros y de las fieras, y espantar de esa manera a los que se atreven a talar los bosques.

Así, las tres deidades mayores de la tradición catamarqueña se emparientan con la productividad. La tierra, el ganado y la vegetación, pilares de la economía primaria de la región de los valles, son —más que simples elementos naturales que condicionan el progreso— ámbitos propicios donde ejercen su poder los dioses.

Estos cultos paganos no alejan, sin embargo, a los hombres y mujeres de Catamarca de la fe cristiana. Prueba de ello son las celebraciones múltiples destinadas a honrar, durante todo el año, a los santos del calendario romano, como la fiesta de la Candelaria (2 de febrero), que cobra realce, sobre todo, en la localidad de Las Palmitas; la de Santa Rita (14 de mayo), a quien se venera en el departamento de La Paz, en Baviano; la de San Roque (5 de agosto), que tiene su apogeo en las localidades de Río Blanco y Las Minas; o la fiesta de la Virgen del Valle (8 de diciembre), multitudinaria celebración popular a la que asisten, anualmente, más de cincuenta mil turistas llegados a la capital catamarqueña desde todas las provincias argentinas.

¿Cómo concilian los catamarqueños religiosidad y mitología? Es simple: la monotonía, el vivir silencioso de un pueblo que apenas disfruta de su existencia bucólica a orillas de un riacho o al amparo de un cerro, su pobreza, hacen que los



1



2



3



4

El arraigado sentimiento cristiano del pueblo catamarqueño se manifiesta no sólo en la suntuosidad de sus catedrales, sino también en la modestia de la capilla de adobe de Hualfín (1) y en la sobria construcción de la iglesia de Londres (2). Este espíritu religioso se expresa asimismo a través del arte y de la artesanía popular; de ello son valiosos testimonios la antigua talla de un Cristo (3) y la colección de imágenes sagradas (4) que se conservan en el museo del Seminario Eclesiástico Regional.



La presencia del ganado caprino está enraizada en la economía y las tradiciones de los valles calchaquíes.

ritos y las costumbres se mantengan inalterables durante siglos. Así, se cree en Dios, en el médico o en la curandera indistintamente. Si viene "la mala salud" y Dios no dispone que el enfermo se cure y no hay médico cerca, la curandera medica. Su diagnóstico es casi siempre el mismo: "Este hombre ha perdido el espíritu. Hay que curarlo".

Cuenta Carlos Villafuerte, en su libro *Folklore del Noroeste*, que "la manosanta hace buscar tres Juanes, es decir, tres hombres llamados Juan. A la noche van al lugar donde está el enfermo, llevando cada uno un gajo de cardón. Antes de llegar, encienden los cardones, y la mujer castiga el suelo con un látigo y dice palabras ininteligibles. Luego se dirige hacia un lado, hace tres cruces y llama al espíritu del enfermo. Lo hace por tres veces y llama a un Juan, que se acerca con el cardón encendido. Le recibe el tizón, hace tres cruces con él, lo arroja hacia atrás y sin volver la cabeza se dirige al otro lado; repite la operación con otro Juan y así también con el último, en otro lugar, formando una cruz. Vuelven los cuatro adonde se halla el enfermo, le dan un té y esperan su curación".

En realidad, esas prácticas mágicas sólo perduran en aldeas aisladas, en los cerros. Otros investigadores de las costumbres catamarqueñas, como Rafael Cano y Lafone Quevedo, relatan casos de curanderismo de enorme rareza, como es el caso de las "despenadoras", mujeres que ayudan a morir a un enfermo, practicando de esta manera una especie de eutanasia, donde la hechicera actúa a ruego de la familia del agonizante.

LA LEYENDA DEL QUEMADITO

A pesar de la fantasía que puebla un gran número de leyendas, muchas de éstas tienen su origen en sucesos reales. La del *quemadito*, por ejemplo, que aún puede ser oída en boca de los pobladores de la localidad de Miraflores, a dieciocho kilómetros de la capital catamarqueña, donde los campos están salpicados de algarrobos y cardones. El pueblito se extiende sobre las faldas del cerro Los Angeles, y en tiempos de la colonia se lo conocía como Santa Ana de Miraflores. "Al lado del camino real, entre Miraflores y Huillapina —escribe Manuel Soria, en su libro *Fechas Catamarqueñas*— se encuentra una humilde cruz, de la cual pende un tarrito de hojalata en el que se recoge la limosna del caminante. Al viajero que interroga le contesta el paisano: *Es la cruz del quemadito*".

Esa cruz recuerda una de las más bárbaras y feroces ejecuciones llevadas a cabo en tiempos de la organización nacional: un paisano catamarqueño cayó en manos de las huestes de Mariano Acha y fue acusado de ser espía del caudillo riojano Facundo Quiroga, empeñado por entonces en una sorda lucha contra el poder central de Buenos Aires y, por lo tanto, contra las provincias que respondían a los designios de la Capital. El campesino negó su complicidad con Quiroga. Sin embargo, se lo ató de pies y manos y se lo arrojó a una hoguera, donde fue quemado vivo entre las carcajadas de sus ejecutores.

Desde entonces hay quienes invocan al *quemadito*, por atribuirle poderes mágicos, para que ayude a encontrar animales perdidos en el

PRODUCCION AGRARIA (1969/1970)

Uva:
40 000 toneladas

Aceitunas:
1 500 toneladas

Algodón:
100 toneladas

Ají y pimiento:
450 toneladas

Nueces:
700 toneladas

Ajo:
90 toneladas

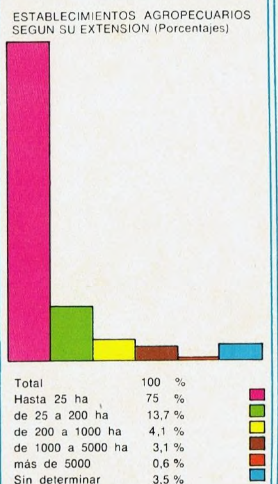
Tomate:
3 500 toneladas

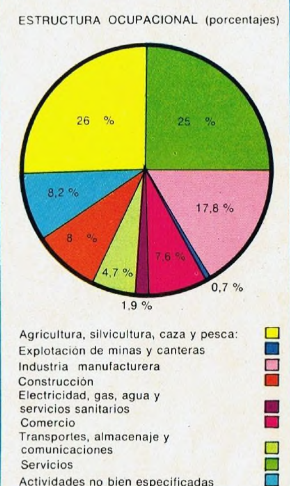
RESERVA GANADERA

Vacunos:
222 610 cabezas

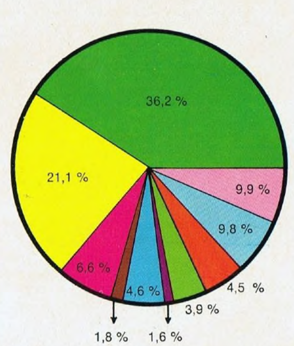
Ovinos:
114 918 cabezas

Porcinos:
7 905 cabezas





PRODUCTO BRUTO INTERNO



Agropecuarias, silvicultura, caza y pesca
Minas y canteras
Industria manufacturera
Construcciones
Electricidad, gas y servicios sanitarios
Transportes
Comunicaciones
Comercio
Bancos, seguros y viviendas
Servicios

ESTRUCTURA DE LAS EXPLOTACIONES AGRARIAS

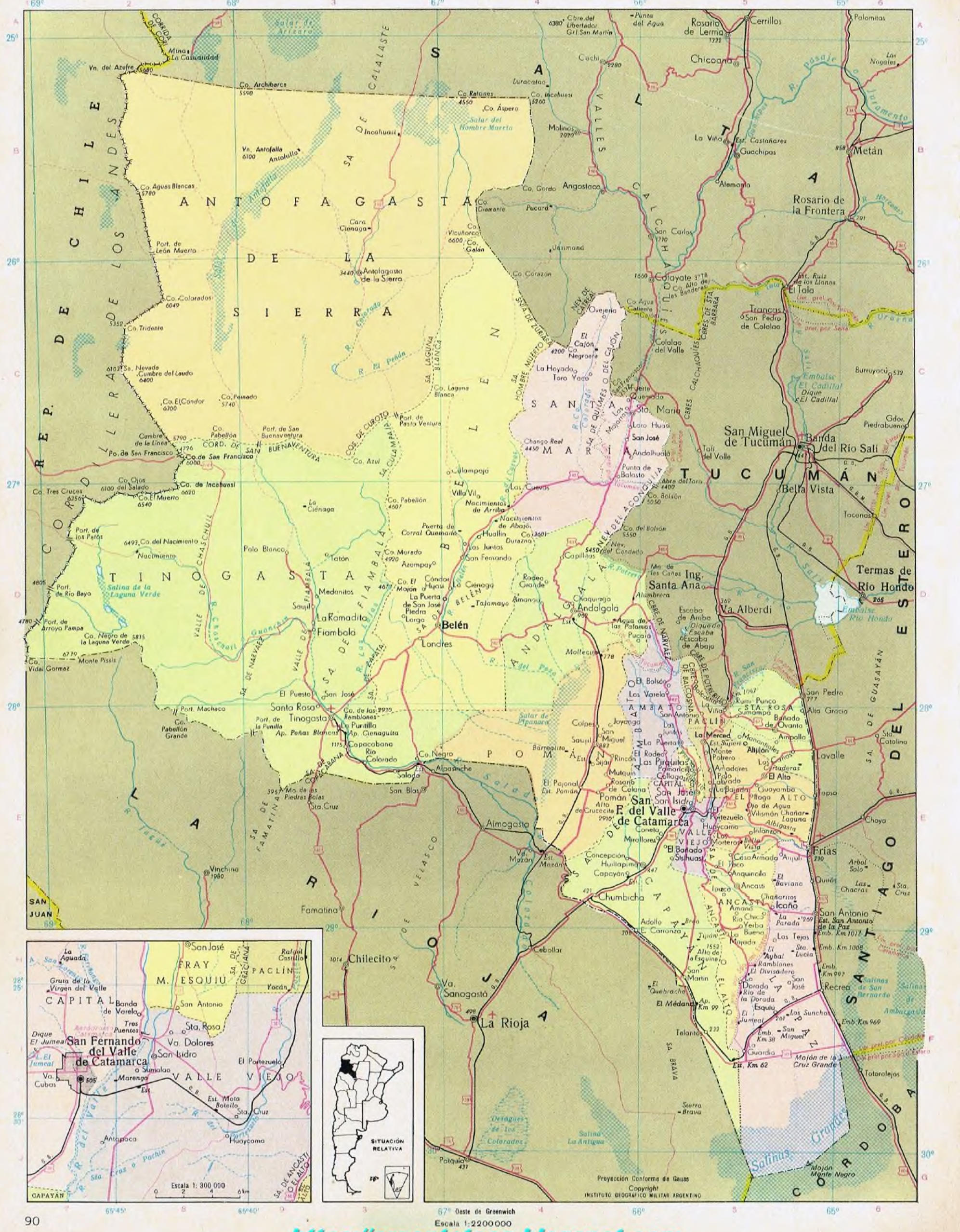
Explotaciones: 10 597
Superficie: 4 146 803 ha
Término medio del área en explotación: 391 5 ha
Superficie con cultivo: 25 285 ha
Anuales para cosecha: 14 668 ha
Perennes para cosecha: 10 617 ha

PRODUCCION MINERA

Minerales metalíferos:
649,2 tn por año
Minerales no metalíferos:
6 371,2 tn por año
Rocas de aplicación:
1 211,8 tn por año

PRODUCCION INDUSTRIAL

Tipo de industria	Número de establecimientos	Personal ocupado	Porcentaje del valor de la producción
Alimentación	108	550	40,5
Bebidas	54	291	20,4
Textiles	7	115	1,9
Madera (excepto muebles)	52	213	5,4
Fabricación de muebles	12	30	0,9
Imprentas, editoriales e industrias anexas	12	120	4,7
Minerales no metálicos (excepto derivados de carbón y petróleo)	45	256	5,1
Productos metálicos (excepto maquinarias y equipos de transporte)	26	596	5,8
Maquinarias, aparatos accesorios y artículos eléctricos	16	40	1,7
Construcción de material de transporte	66	184	7,8
Otras	19	78	5,8
TOTALES	417	2 473	100


ANTOFAGASTA DE LA SIERRA
TINOGASTA
BELÉN
SANTA MARÍA
ANDALGALÁ
POMÁN
AMBATO
PACLÍN
CAPITAL
VALLE VIEJO
CAPAYÁN
ANCASTI
EL ALTO
LA PAZ
SALTA
TUCUMÁN
SANTIAGO DEL ESTERO
LA RIOJA
CÓRDOBA
REP. DE CHILE
CORDILLERA DE LOS ANDES
San Fernando del Valle de Catamarca
Belén
Tinogasta
Andalgalá
Fiambalá
Antofagasta de la Sierra
San Miguel de Tucumán
Termas de Río Hondo
La Rioja
Chilecito
Escala 1: 300 000
SITUACIÓN RELATIVA
Proyección Conforme de Gauss
Copyright
INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR ARGENTINO
67° Oeste de Greenwich
Escala 1:2200000

DATOS ESTADÍSTICOS

Superficie: 99 918 km²

Límites: Norte, Salta; Nordeste, Tucumán; Este, Santiago del Estero; Sur, Córdoba y La Rioja; Oeste, Chile

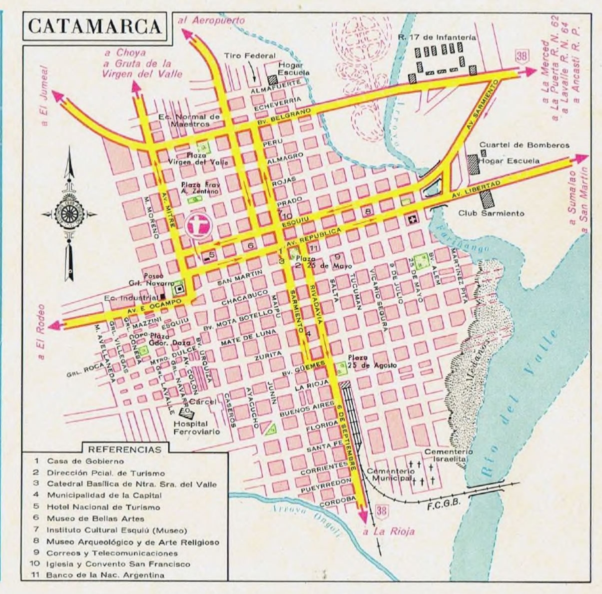
Clima: árido de montañas y árido de sierras y campos. Temperatura media: 9,8°

Población: 172 323 habitantes
Densidad de población: 1,72 hab./km²
Población urbana: 42 %
Población rural: 58 %

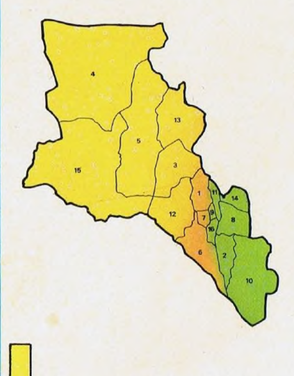
Nivel de escolaridad
Analfabetismo 11,6 %
Preprimaria: 1 883 alumnos
Primaria: 46 082 alumnos
Media: 7 597 alumnos
Superior extrauniversitaria: 600 alumnos
Educación parasistemática: 1 555 alumnos

Caminos
Red troncal: 2.377,5 km
Red primaria provincial: 2.304 km
Red caminera de fomento agrícola: 366,2 km
Red ferroviaria: 250 km

Energía eléctrica
Potencial instalado: 4 828 KW
Hidráulica: 1 902 KW
Térmica: 2 926 KW



CONFIGURACIÓN GEOGRÁFICA Y DEMOGRÁFICA DE CATAMARCA



	1960		1970		Variación 1970/60
	Población	%	Población	%	%
Total provincia	168.231	100,0	172.323	100,0	2,4
1 Ambato	3.538	2,1	3.552	2,1	0,4
2 Ancasti	3.415	2,0	2.240	1,3	— 34,4
3 Andalgalá	10.172	6,0	9.770	5,7	— 4,0
4 Antofagasta de la Sierra	840	0,5	658	0,4	— 21,7
5 Belén	15.387	9,1	16.021	9,3	4,1
6 Capayán	8.264	4,9	8.292	4,8	0,3
7 Capital	49.066	29,2	58.186	33,8	18,6
8 El Alto	4.067	2,4	3.469	2,0	— 14,7
9 Fray Mamerto Esquiú	6.859	4,1	5.836	3,4	— 14,9
10 La Paz	13.949	8,3	12.261	7,1	— 12,1
11 Paclín	3.913	2,3	3.367	1,9	— 14,0
12 Pomán	6.387	3,8	6.080	3,5	— 4,8
13 Santa María	11.247	6,6	11.106	6,4	0,5
14 Santa Rosa	5.688	3,4	5.441	3,2	— 4,3
15 Tinogasta	17.457	10,4	16.597	9,6	— 4,9
16 Valle Viejo	8.182	4,9	9.447	5,5	15,5

Fuente: Censo Nacional 1970.

SAN FERNANDO DEL VALLE DE CATAMARCA

Humilde por la sencillez de sus construcciones, recostada plácidamente sobre los exiguos cauces del río del Valle y del arroyo Fariñango, la ciudad capital de la provincia de Catamarca sintetiza en su trazado toda la historia que dio vida a esas tierras del noroeste argentino. Es que, mirada desde lo alto de los cerros que la circundan, la ciudad de los valles aparece encuadrada, como las antiguas localidades españolas, por cuatro anchos bulevares; las casas son bajas y muchas conservan todavía su techumbre de tejas rojas, con amplios zaguanes, patios y portales coloniales. No cabe duda: la capital catamarqueña es un cálido recuerdo del pasado remoto. Lo es su Catedral, que se alza majestuosa con sus dos torres azulinas. O el Museo Calchaquí "Adán Quiroga", que guarda en sus anaqueles innumerables piezas, prolijamente clasificadas: allí está toda la historia indígena de los valles catamarqueños encerrada en urnas, pucos y enormes botijas.

"Desde lo alto —escribe Carlos Villafuerte en su libro **Catamarca, memoria y tiempo**— se observa a la ciudad como si la tuviéramos en la palma de la mano, cercana y pequeña... Siguiendo la ruta primera, que culebrea sinuosa por la orilla del río del Tala, se llega a dos lugares paradisíacos: El Rodeo y Las Juntas... Son dos villas de veraneo, con un clima excepcional..."

En este marco de ciudad provinciana, hermosa, antigua, desarrolla su actividad el pueblo de Catamarca. Aquí es donde se venera a la Virgen del Valle. Entonces, las campanas baten palmas, sonoras, ardientes. Las palomas se arremolinan en su vuelo y dan vueltas en torno de la fronda verde de la plaza 25 de Mayo. A lo lejos, entre las brumas del cerro de Ancasti, el sol naciente se tiende sobre San Fernando del Valle de Catamarca, vitaliza las calles coloniales. Y en la ciudad despierta el pasado se retrae, reverente, ante la laboriosidad de un pueblo que sabe construir el futuro sin desdeñar los ecos de su historia.



Interior de la Catedral de Catamarca

CATAMARCA Y SUS ALREDEDORES



Por el sendero serrano desciende un fervoroso grupo portador de una imagen de la Virgen, en camino a un "misachico" propiciatorio.

REFERENCIAS

ESQUEMA DEMOSTRATIVO

Camino Pavimentado — Ruta Nacional
Alcantarilla — Mojón
Planta urbana — Capital de Provincia
Kilómetraje parcial entre signos o signos y estrellas — Kilometraje total entre estrellas
Ferrocarril y estación — Camino en construcción
Cabecera de Partido o Departamento — Camino proyectado
Ruta Provincial
Altura sobre el nivel del mar — Dique
Banco de Arena — Puente y río
Lago o laguna — Pueblo
Arroyo — Pendiente (Dirección d. ascenso)
Bañado — Camino de piso firme
Huella o camino no relevado por el A.C.A. y tranquera — Vista panorámica
Camino de tierra
Lugar o paraje — Médano
Canal — Acequia

K. 133
CATA MARCA
ZONDA
Lavalle
San José

CONVENCIONES

Estación de servicio del A.C.A.
Estación caminera del A.C.A.
Estación de servicio adherida al A.C.A.
Surtidor de nafta
Lugar histórico
Monumento o monolito
Hotel _ Hostería
Aeropuerto internacional
Aeropuerto
Aeródromo o campo de aterrizaje
Iglesia o Capilla
Radio - estación
Fábrica, centro industrial y/o energético
Mina o cantera
Termas
Hipódromo
Cementerio
Cuartel o fortaleza

bosque. Pero no sólo de sucesos se alimentan la fantasía del pueblo catamarqueño y sus leyendas. Es común, por ejemplo, en cualquier poblado de la provincia, oír hablar de los dones del cardón, la planta típica de la región de los valles.

Se dice que donde hay un cardón ningún caminante ha de padecer sed, porque la planta encierra un fresco depósito de agua. La teoría, por supuesto, no es descabellada. Aunque sí su presunto origen: cuenta la leyenda que el cardón es la prolongación del amor de la hija de un cacique indio y un habitante de otra tribu, a quienes impedían casarse. Al parecer, desesperados, huyeron hacia los cerros y la Pachamama los cobijó en sus dominios convirtiéndolos en cardón, para socorrer a los sedientos.

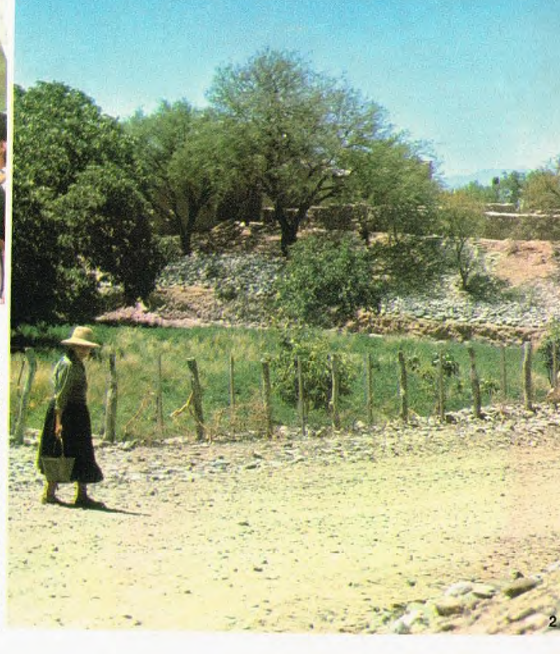
La flor del cardón es blanca, de pétalos sedosos y estambres rojizos. Y también se le atribuye una historia. Cuentan los memoriosos que José María Machado, un gaucho que quiso escapar de las huestes de Facundo Quiroga, debió salir una noche al galope, pero un gigantesco cardón lo detuvo y el animal que montaba se estrelló contra el cacto. Machado fue a ensartarse contra las espinas y ambos, jinete y cabalgadura, murieron desangrados. "Al otro día de este hecho real —informa Villafuerte— amaneció el cardón lleno de flores; entre las espinas, sangre, anunciando la proximidad de la lluvia."

EL MISACHICO Y LA PROCESION DE LOS CERROS

El sentimiento religioso subyace en casi todas las manifestaciones de la cultura popular catamarqueña, sobre todo en las tradiciones y ceremonias que sus habitantes utilizan para mitigar el temor a lo desconocido, el rigor del clima o la carencia de agua. Las lluvias escasas hacen que las cosechas se pierdan, que los animales enflaquezcan. Sin otra esperanza que la ayuda divina, los campesinos sobreviven a duras penas. Por eso, a cambio de esa lluvia que tanto ansían, le prometen a la Virgen del Valle un "misachico", es decir, una fiesta religiosa y popular, una procesión durante la cual se venera a la Virgen y se la transporta a la capilla más cercana para ofrecerle una misa.

El día establecido para cumplir con el voto, la imagen, engalanada con puntillas de colores, es introducida en una urna de cristal y sos-





Los rostros curtidos de los promesantes, portadores de una imagen del altar casero (1), trasuntan la seriedad y vigencia de un rito para atraer la lluvia, tan necesaria en las sufridas tierras catamarqueñas. Una extensión considerable del territorio de la provincia presenta caracteres netamente prepuneños (2), es decir, un suelo árido, con lluvias anuales que no sobrepasan los 350 milímetros y vegetación achaparrada consistente en arbustos y cactos. Entre estos últimos ocupa lugar destacado la llamativa planta del cardón (3), cuya aptitud para absorber y conservar la humedad del suelo le ha ganado un lugar preferente en el folklore regional.

tenida por largueros de algarrobo. Al toque del bombo, el cortejo se pone en marcha mientras la quena y el violín —cuando algún vecino oficioso lo facilita— desgranan la música que los acompañará a pasar los tunales de los cerros y a cruzar los riachos que muestran las llagas de sus fondos resecos. Cada tanto la aloja humedece la garganta empastada por el polvo del camino y, a una señal del bombo, el séquito se detiene para rezar y adornar la imagen con flores del cardón.

Cuando atraviesan algún caserío, los vecinos ofrecen un sitio fresco para descanso de la Virgen y hacen estallar "camaretas" y "vaquillas" (fémures de vaca rellenos de pólvora). Al reanudar la marcha vuelven a perderse y a reaparecer entre las lomadas hasta que al atardecer arriban a la ermita. El dueño de la imagen habla entonces con el sacerdote y hace depositar la urna sobre el altar, pero recién al día siguiente se oficiará la misa prometida. Al amanecer, las campanas convocan a los caminantes, y la más anciana, que guarda memoria de todas las oraciones que deben decirse en un "misachico", comienza a murmurar esta plegaria: *Señor dulce pa'l que vive, / terror santo pa'l que duerme, / pa'l que vive con tu vida, / pa'l que duerme con la muerte / del pecado en l'alma herida. / Santo hechizo pa los buenos, / medecina pa los malos, / ¡Santo Señor, atendénos! / Bajos los ojos, juntas las manos, / te pedimos qué queremos: / ser muy buenos en la vida, / prudenciar los sufrimientos / padeciendo con paciencia / lo que tú mandes: Dueño / que eres ciencia de la ciencia.*

Durante el camino de regreso, al son de la misma música, los peregrinos escudriñarán el cielo aterciopelado en busca de los síntomas de la lluvia. Pero tal vez regresen sin un atisbo de lluvia y deban esperar muchos meses antes de que la Virgen devuelva la ofrenda del "misachico" con la gracia del agua. Si no sucede así, carece de importancia, porque la tierra no muere y su paciencia es infinita, como la del labriego catamarqueño, que volverá a confiarle a la virgencita las penurias que debe sufrir por la sequía.

LOS CAPRICHOS DE LA TIERRA

Más allá de los confines borrosos de las leyendas, tradiciones y fantasías, la tierra de Catamarca tiene límites precisos, encuadrados dentro de una geografía inmutable. Situada entre los 25 y 30 grados de latitud sur, y los 65 y 69 grados de longitud oeste de Greenwich, limita en esta dirección con Chile, al noroeste con Tucumán, al este con Santiago del Estero, al sudeste con Córdoba y al sur con La Rioja, en una extensión de 99 918 kilómetros cuadrados.

Hacia el norte, Catamarca está cubierta por montañas y estrechas quebradas que, de pronto, se ensanchan en amplios valles o surgen al borde de la cordillera de los Andes. Contrastan con las saleras de Pomán, una inmensa llanura alba que separa el grupo andino del sistema del Aconquija. Muchas de estas llanuras son verdaderas punas, infecundas y desoladas, arenosas, con una vegetación mezquina, como las que terminan en el murallón cordillerano. Otras planicies, como las del valle de Catamarca, presentan una



vegetación en la que predominan, fundamentalmente, los arbustos. Pero hay un paisaje más desolado aún, hostil; una gigantesca depresión de casi cinco mil kilómetros cuadrados, las Salinas Grandes, cuyo suelo salitroso ahoga los más mínimos destellos de vida vegetal. Sucede algo curioso en verano, cuando las lluvias disuelven la sal y forman pequeños arroyos que, ligándose entre sí, adquieren la dimensión de un pequeño mar, yermo al fin y que se evapora al poco tiempo. Se cuenta que, antes de que llegaran las vías del ferrocarril, constituía una loca aventura atravesar la zona. Los hombres que aceptaban el desafío de las salinas, al igual que sus animales, quedaban extenuados y, sin reservas de agua y víveres, sucumbían a la tentación de los espejuelos de agua, líquido amargo y salobre que hacía arder las entrañas de quien, desesperado, se atrevía a beberla.

Enmarcando esta abrupta geografía, las montañas de Catamarca se agrupan en dos sistemas que se desprenden, consecutivamente, de la cordillera de los Andes y de las sierras del Aconquija. En el primero se encuentran las cimas de mayor altura, como el Ermitaño, Dos Conos y San Francisco (6 000 metros), Inca Huasi (6 650 metros) y El Bonete (5 000 metros). El segundo sistema montañoso es menos árido. Las sierras están flanqueadas por una frondosa vegetación, que se intensifica gracias a la caricia de los vientos húmedos que llegan del Atlántico. En la parte sur de este complejo, a una altitud de casi dos mil metros, se localiza el Campo de Pucará, una extensa y fertilísima llanura de pastos tiernos. Desde el epicentro del conjunto, el Clavillo del Aconquija, parten ramales montañosos menores como la sierra del Atajo, detenida en la quebrada de Amanao; la de Ambato, expandida después de una sucesión de agradables serranías en la que toma los nombres de Chilca, Monte o La Carreta y, finalmente, las crestas del Alto y Ancasta, en dirección a Tucumán.

Los ríos de Catamarca serpentean por este paisaje desconcertante, imprevisible. Casi todos ellos nacen y mueren en la provincia. Desde su origen atraviesan las quebradas pedregosas, alcanzan las llanuras y, ya sin el aporte de las vertientes que descienden de las montañas, desaparecen en las tierras áridas. Entre los ríos más importantes de la región pueden citarse el Colorado del Norte, el Tinogasta, el Belén, el río del Valle y el Santa María, cuyas aguas se utilizan para fertilizar vastas zonas agrícolas.

Los ríos se asemejan a los hombres y, como la vida de éstos, la suya también es misteriosa. Se los puede rastrear a través de las tierras que recorren, pero no siempre se alcanza a conocer el lugar donde se extinguen; algunas veces llegan al mar, otras —la mayoría— se enredan en los montes, agonizan en los desiertos. Si la mayoría de los ríos de Catamarca cumplen, de alguna manera, con este ciclo, no lo hacen, en cambio, los catamarqueños, porque son muchos, decenas de miles tal vez, los que emigran hacia otras tierras. Algunos vuelven, otros no. Los más se alejan por una simple razón de supervivencia: su tierra natal no les da oportunidades.



1

LA PROVINCIA QUE ESTÁ SOLA Y ESPERA

Esta paulatina despoblación del territorio catamarqueño es tan sólo uno de los problemas que, en materia demográfica, padece la provincia. La acosa, además, el escaso índice de crecimiento poblacional, un factor que no le permite encarar el desarrollo económico con las armas más eficientes. Los datos estadísticos confirman esta apreciación: desde 1869 hasta 1970 la densidad demográfica se incrementó tan sólo de 0,7 a 1,7 habitante por kilómetro cuadrado. Es más: en 1810 Catamarca tenía 30 000 habitantes. Hoy apenas sobrepasa las 200 000 almas.

Diversas son las razones que se esgrimen para explicar este fenómeno. Pero, por sobre todas, predomina la económica: en el sur del país viven, actualmente, más de catorce mil catamarqueños buscando el bienestar que su provincia les negó. Sería inexacto afirmar, sin embargo, que Catamarca fue siempre una provincia pobre. Según Gaspar H. Guzmán, autor del libro *Derroteros catamarqueños,* la crisis estalló después del desacierto de bloquear el comercio que Catamarca mantenía con Chile, Bolivia y Perú. "Somos una geografía y una economía del Pacífico —asegura Guzmán—. Nuestra postración sobrevino cuando el ferrocarril, mediante tarifas abusivas y su peculiar política comercial, nos impidió nuestra actividad tradicional, obligándonos a llegar al río de la Plata." La acusación, por supuesto, recae sobre la política centralista de Buenos Aires, ciudad cuyos gobernantes ordenaron —para beneficio propio— los caminos y las vías férreas de la República Argentina, asfixiando cualquier posibilidad de desarrollo económico zonal que no estuviera directamente vinculado con la gran metrópoli.

Pero así como se construyeron caminos hacia Buenos Aires, de la misma manera Catamarca olvidó tender senderos eficientes en el ámbito provincial, impidiendo también, de esta manera, la explotación racional de su suelo.

CAMINOS Y VÍAS FÉRREAS

La red caminera de la provincia de Catamarca está formada por 4 600 kilómetros (600 pavimentados, 3 600 consolidados y 400 de tierra) que no alcanzan, obviamente, para satisfacer las necesidades cada vez más perentorias del transporte.

Conectada con la Capital Federal por un trayecto íntegramente pavimentado (la ruta nacional Nº 38), sus caminos internos contradicen ese aparente índice de progreso. Es que requieren, por su estructura, una cantidad considerable de modificaciones (pavimentación, consolidación, construcción de puentes), que, de no llevarse a cabo, atrasarían indefinidamente las posibilidades de desarrollo de la región.

Es común, para quienes recorren la provincia, el hecho de tener que vadear ríos, porque no hay otra forma de cruzarlos. Una circunstancia que dificulta las comunicaciones, sobre todo en verano, ya que las lluvias y el deshielo, en esta época, desbordan los riachos. La ruta principal de la provincia constituye un ejemplo dramático: une La Rioja con Catamarca, pero para transitarla se hace necesario, en un paraje, sumergirse en el lecho del río Salado.

Los ramales ferroviarios (con setecientos cincuenta kilómetros de trocha angosta) no solucionan el problema del transporte provincial. Es así que Catamarca debe postergar, año tras año, la ejecución de cualquier plan económico porque carece de infraestructura adecuada. Si a ello se suma la intransitabilidad de las rutas, el panorama es aún de mayor desolación. Sólo puede atribuirse al olvido, a la indiferencia, tal estado de cosas. Resulta contradictorio, por ejemplo, que mientras los organismos nacionales encargados de vigilar las condiciones de los caminos cuentan con una motoniveladora cada sesenta kilómetros para conservación de las rutas, Catamarca apenas dispone de una cada ciento sesenta kilómetros, con el agravante de que debe luchar con el capricho de las laderas y los conos aluvionales afectados por los torrentes, entre otras mil dificultades que florecen en el territorio.

En líneas generales, este desequilibrio se manifiesta en todos los ámbitos que hacen al desarrollo económico de la provincia. Sin embargo, la tierra de los valles tiene aún



Las condiciones de relativo atraso en que se desenvuelve la vida de buena parte de la población campesina, con una economía en gran medida artesanal (1, cestería de mimbre), no brindan muchos incentivos a la población activa, que suele buscar mejores posibilidades emigrando a los centros urbanos. La precariedad de la red caminera (2) de la provincia —menos de un quince por ciento de caminos pavimentados— y de sus medios de transporte es uno de los factores que agravan la situación del sector rural y dificultan la interconexión de los distintos rincones del territorio provincial.
Así es como aún hoy se ven circular por los tortuosos senderos serranos vehículos de tracción animal (3), cuyo ritmo acompasado se alterna con el vertiginoso andar de los modernos automotores.

posibilidades de desentumecerse, de otear con optimismo su futuro.

LA ENERGÍA: UNA META PARA EL DESARROLLO

Las cifras actuales no señalan la posibilidad de un despegue. Sin embargo, los planes previstos en materia de energía pueden modificar repentinamente el panorama catamarqueño. Si se compara el consumo energético de Catamarca con el del resto del país, parecería imposible cualquier realización. En efecto, mientras que en el período comprendido entre 1946 y 1968 la Argentina en su totalidad incrementó en un ochenta y seis por ciento su potencia energética instalada, Catamarca sólo lo hizo en un catorce por ciento. Como era de prever, el resultado produjo una funesta carencia de energía que ahuyentó la radicación de nuevas industrias, impidió el usufructo pleno del agua potable y disuadió a los pobladores del empleo de artefactos eléctricos en gran escala. Es que los 4 828 kilovatios de potencia instalados en la provincia, que se extraen de treinta y dos centrales térmicas e hidroeléctricas, no alcanzan aún para atender las necesidades territoriales mínimas.

Sin embargo, próximamente se concretará una obra que puede modificar sustancialmente el destino provincial: el tendido de una red eléctrica de interconexión entre el dique de Escaba (provincia de Tucumán) y la usina de Catamarca. El proyecto, que ya se encuentra en marcha, permitirá la electrificación intensiva rural de la zona del Valle, obra que por su importancia puede compararse con la realizada en torno del dique Las Pirquitas, erigido en el departamento catamarqueño de Fray Mamerto Esquiú, a quince kilómetros de la capital provincial.

Las Pirquitas es una represa de tierra y arcilla de cuatrocientos metros de longitud por ochenta y cinco de altura. Comenzada su construcción en 1948, los pobladores de la zona dudaron de que alguna vez se finalizaran las obras. Sin embargo, hoy es una realidad merced a la cual, por las áreas de cultivo que Las Pirquitas puede abastecer, el gobierno provincial intenta elevar el producto bruto por habitante y contener el drama del éxodo nativo. Por lo pronto, en torno del dique ha crecido ya el pueblo de Nueva Coneta, que con sus ciento cuarenta casitas de material es el primero de tres poblados proyectados por la Corporación del Valle de Catamarca y el que abrió el camino a nuevos cultivos en tierras que, en otras épocas, padecieron el flagelo de la sequía.

LOS PROBLEMAS AGRARIOS

En Catamarca, las actividades agropecuarias ocupan a más de la mitad de la población económicamente activa, convirtiéndose de esta manera en una insustituible fuente de trabajo. Pese a ello, las limitaciones que impone el suelo son muchas. De acuerdo con las regiones y subregiones agropecuarias en que se divide el país, Catamarca pertenece a la zona árida, subdividida a su vez en tres sectores: el puneño, el prepuneño y el del monte chaqueño. El primero de ellos carece de todo valor económico: el tercero (con lluvias de hasta seiscientos milímetros anuales, concentradas fundamentalmente durante el verano y el otoño) ofrece buenas posibilidades de explotación forestal y pastoril. En cambio, el sector prepuneño, o prepuna, a pesar de no recibir más de 350 milímetros de lluvias anuales, es el más indicado para la actividad agrícola. Si contara con un adecuado sistema de riego, podría competir en calidad con los campos más ricos del país.

Durante el último decenio, Catamarca aumentó en treinta mil hectáreas las tierras de labrantío, las cuales, en su mayor porcentaje, son explotadas por sus propietarios y sólo el seis y medio por ciento por arrendatarios.

La producción cerealera de la provincia tiene como principal cultivo el maíz. El olivo, que abastece de las aceitunas "de mesa", tiene un lugar de preferencia dentro del marco de las explotaciones de tipo industrial, al igual que la nuez, el almendro y la higuera. En cuanto a rendimiento, la vid ostenta un liderazgo intransferible, porque esa tierra es tan pródiga en viñedos como hábiles son sus cultivadores. La copla, infaltable para festejar lo que el pueblo alaba, resume en sus estrofas un canto casi ceremonial:

No hay planta como la parra,
que da frutos suficientes:
da vino, pasas y arrope,
la chicha y el aguardiente.

En las tierras arenosas brota la uva moscatel, "la virgen", de racimos apretados y frutos tiernos. Se extrae de ella un vino de tono blanquecino, dulce "como la mirada de

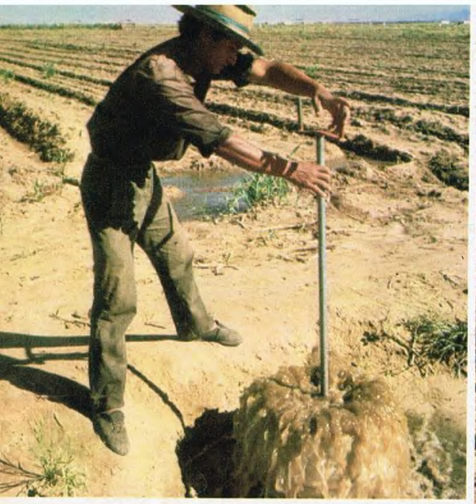




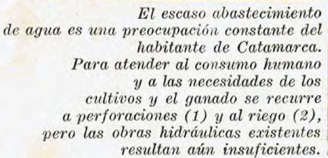




A menos de treinta kilómetros de la ciudad capital se levanta el dique Las Pirquitas (1), una represa reguladora cuyo espejo de agua (2) está en condiciones de regar diez mil hectáreas de sembrados circundantes. Su presencia desempeña un importante papel en el fomento de las actividades agrícolas, entre ellas la producción de hortalizas (3) que abastece de papa, tomate, cebolla, ajo, melón, arveja, ají y pimiento morrón (4) al consumo regional.







El escaso abastecimiento de agua es una preocupación constante del habitante de Catamarca. Para atender al consumo humano y a las necesidades de los cultivos y el ganado se recurre a perforaciones (1) y al riego (2), pero las obras hidráulicas existentes resultan aún insuficientes.

las quebradeñas", que produce "estrellas" en la sangre y dolores en la cabeza.

Sin embargo, el mejor vino blanco de Catamarca es el que proviene de la llamada uva torrontés. Una antigua copla castellana avisa cómo proceder con ella: "Uva torrontés, no la comas ni la des, que buena para el vino es". Sus semillas se armonizan con el cálido jugo de la moscatel para producir un aguardiente delicioso. Es común hallar en un mismo viñedo diversas clases de uvas, como la común, denominada "albilla", la cenicienta de las fincas que siempre socorre al productor. Madura con poco sol y rinde un vino claro, sabroso, requerido por la persistencia de su *bouquet* en todas partes. Tras la "albilla", la uva "chinche" se descubre por su perfume espeso y sus racimos compactos, que soportan el paso del tiempo y otorgan vida a un vino de sabor fresco y apenas dulce.

Durante el mes de marzo estalla la zafra en el corte de la uva, especialmente la destinada al vino "patero", gloria de Catamarca. Los racimos cortados van a reposar al lagar —un cuero de vaca a medio curtir, sostenido en el aire por cuatro palos—, donde los pies de un joven, con los pantalones arremangados hasta las rodillas, los pisotea, caminando sobre un manto de hollejos. Estos lagares existen en toda la provincia, pero se estima que en Chaquiago —departamento de Andalgalá— existe la mejor tradición vitivinícola y aguardentina de Catamarca, sin considerar, por otra parte, que allí también se producen los mejores dulces del noroeste argentino.

Pero así como el cultivo de la vid y los honores que se le hacen al vino año a año se incrementan, de la misma manera Catamarca desdeña —curiosamente— una de las que fueron, desde tiempos de la colonia, su fuente de mayor riqueza: la del algodón, que ya no florece en sus campos. Algo parecido sucede con el tabaco: la competencia interprovincial ahogó sus posibilidades.

La agricultura catamarqueña, en resumen, no tiene mayores ocasiones de volver a ser el sostén de la economía provincial; fundamentalmente, porque la riqueza hídrica de Catamarca, comparada con la de otras provincias, es mínima. Así es como, para abastecer las 12 000 hectáreas cultivadas del territorio (que están diseminadas sobre 926 878 hectáreas de campos naturales y 264 000 de bosques y montes) se recurre al agua de superficie y, en menor escala, al bombeo . . . una manera de conjurar la sed, pero no de solucionar el problema.

Por eso, en Catamarca, no hay muchas opciones si lo que se quiere es enriquecerla, desarrollarla económica y socialmente, convertirla nuevamente en un territorio del cual no huyan sus habitantes. Para ello, no basta con lo que la tierra ofrece en su superficie. Porque la riqueza que no aparece sobre sus campos está oculta en sus entrañas.

La tierra de Catamarca ya no quiere esperar: exige que la desgarren, que la horaden, para ofrecer su fruto más preciado. En él cifra sus esperanzas. En el mineral, ese silencioso habitante de las profundidades hasta hoy ignoradas, está el futuro de Catamarca.

LA INVASION INGLESA A CATAMARCA



Pabellones y banderas inglesas, trofeos de la Reconquista

Derrotada la primera invasión inglesa, el general Beresford, el coronel Pack y otros oficiales británicos fueron confinados en Luján, pero su huida y las noticias de una segunda invasión llevaron al Cabildo de Buenos Aires a ordenar que otros prisioneros fueran trasladados al interior. Fue así como Córdoba, Santiago del Estero, La Rioja, Tucumán y Catamarca recibieron a su turno el contingente que les correspondía custodiar. El 5 de abril de 1807 arribaron a esta última provincia cuatro carretas que conducían a siete oficiales, un soldado, siete húsares, un asistente, tres mujeres y un niño. Todos de procedencia británica.

De acuerdo con las órdenes que llevaba don Hipólito García Posse, conductor de la insólita caravana, "El Muy Ilustre Cabildo", como se llamaba a sí mismo en los documentos, dispuso alojar en la cárcel pública a los rubios prisioneros. Según se había establecido, no debía ejercerse "ninguna extorsión" sobre los cautivos, a quienes les estaba prohibido salir del radio urbano y mantener correspondencia. Sin embargo, ya fuera porque la cárcel no dispusiera de las comodidades necesarias o para aliviar las penurias de los visitantes, se dispuso que fueran alojados en casas particulares, pero los vecinos se negaron terminantemente a recibirlos: para una sociedad celosamente católica, que no albergaba un solo adepto al protestantismo, se trataba de un grupo bastante indeseable. Fue necesario, entonces, alquilar algunas viviendas y "echar a la calle a varios artesanos (zapateros) . . . ", según consigna un documento de la época.

En carta al gobernador de Salta, el Comandante de Armas interino de Catamarca explicaba el episodio alegando "que los vecinos son gente pobre, que no están acostumbrados a ver esta clase de herejes, a quienes tienen mucho horror y miedo . . . ". A esa altura de los acontecimientos los prisioneros empezaron a hacer oír su protesta, reclamando el real y medio por día que, según el tratado firmado entre las autoridades españolas e inglesas en oportunidad de la rendición, les correspondía.

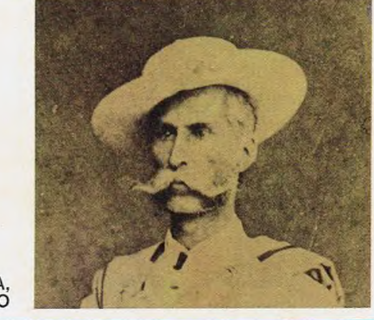
La llegada de un segundo contingente —compuesto por el sargento John Dennett, el soldado John Ecarth, su esposa y su hija— contribuyó a mejorar la situación de los prisioneros. Sucedió que el sargento portaba una carta de recomendación del presbítero Pedro Acuña para Lorenzo Correa, que lo alojó en su casa. Desde esta privilegiada situación Dennet obtuvo ciertas ventajas para sus compañeros. Un episodio fortuito contribuyó, también, a que la estadía de los británicos fuera aún más confortable. Al enfermar de neumonía (mal del "costao" le llamaban) Nicolás de Sosa y Soria, alcalde de primer voto, fue asistido por los padres franciscanos y varios curanderos "tolerados por las autoridades", según cuenta Rafael Cano en su libro "Catamarca del 800". Pero el mal se agravaba sin pausa y los familiares del enfermo debieron aceptar la oferta del doctor James Evans, cirujano del regimiento 71, que se encontraba alojado en la cárcel. Sosa y Soria no tardó en mejorar, y de ahí en más la situación de los prisioneros cambió notoriamente y fueron alojados en casas de familia.

Al poco tiempo la autoridad local dispuso "que los vecinos pudientes" facilitaran a los prisioneros "ropas de abrigo y unos pocos reales para sus necesidades más apremiantes, porque a todos les consta que no tenían ni con qué hacer rezar a un ciego". Así fue como el celoso confinamiento empezó a transformarse en una agradable estadía que otorgaba a los británicos mucha libertad de movimientos.

Lo cierto es que, pese a las protestas de algunos, los prisioneros se dedicaban a menesteres tan entretenidos como cortejar a señoritas de la sociedad catamarqueña. Quien más entusiasmo mostraba era el sargento Dennett, enamorado, al parecer de Josefa Correa, hija de los dueños de la casa en que se alojaba.

En julio de 1807 Santiago de Liniers ordenó al Comandante de Armas de Catamarca el inmediato regreso de los extranjeros. Se había acordado su liberación y de la rapidez con que se hiciera el trámite podía depender —según anotaba el mismo Liniers— la recuperación de Montevideo, ciudad que los británicos todavía mantenían en su poder. Antes de partir los presos recibieron la paga estipulada: un real y medio por día de detención. Algunos, convertidos ya en buenos jinetes, viajaron a caballo; el resto lo hizo en las carretas fletadas especialmente.

Sólo uno de los soldados ingleses se negó a ser repatriado: el sargento Dennett, quien renunció a su grado militar y anunció su decisión de casarse con Josefa Correa. El 28 de abril de 1808 dirigió una comunicación al Vicario y Juez Eclesiástico notificándole que se había reconciliado con la religión verdadera. Al mes siguiente el presbítero Juan Acuña bautizó al enamorado John, convertido ya en Juan, y el 16 de mayo de 1808 la ciudad entera asistió sorprendida al insólito acontecimiento. La ceremonia, realizada en la capilla Oratorio de los Acuña, ubicada en Polco, arrancó en los testigos no pocos suspiros y lágrimas, y en Rafael Cano una romántica reflexión: John Dennett, de prisionero de guerra se había transformado en prisionero del amor.



FELIPE VARELA, EL MONTONERO

Es, sin duda, el catamarqueño que más ha dado que hablar. Nacido en Valle Viejo en 1821, su juventud transcurrió en La Rioja y se inició como militar en las filas de la Coalición del Norte, movimiento unitario y antirrosista. Derrotada la Coalición, corrió la suerte de sus compañeros y emigró a Chile, donde ejerció el comercio. Después de Caseros retornó al país y se puso al servicio de Urquiza, quien le reconoció el grado de teniente coronel. En 1862, el general Angel Vicente Peñaloza, apodado **El Chacho,** lo designó jefe de policía de La Rioja; un nombramiento que sus enemigos políticos resistieron acusándolo de "gaucho malo, corrompido hasta los huesos". No lo era, claro, pero su federalismo, que lo empujaba a no aceptar la hegemonía que el grupo dirigente porteño quería imponer al resto del país, lo hacía indeseable para muchos.

En 1863 entró en Catamarca encabezando una invasión montonera, pero fue derrotado. A la muerte de Peñaloza volvió a exiliarse en Chile, de donde retornó a mediados de 1865, sólo para tomar nuevamente el camino del destierro seis meses después. En 1867 reapareció en Jáchal, provincia de San Juan, al mando de tropas reclutadas en el país hermano. Venía a oponerse al gobierno de Mitre y a la guerra contra el Paraguay, y a proclamar la "unión americana".

El 4 de marzo Felipe Varela obtuvo su primer triunfo de significación, pero luego la lucha no volvió a serle favorable. Infatigable, sumó una derrota tras otra sin perder por eso el entusiasmo y la fe en su triunfo final. Es que su pelea estaba animada por algo más que intereses menudos, según se desprende claramente de su proclama del 6 de diciembre de 1866, en la que acusó al gobierno nacional en severos términos: "el monopolio de los tesoros públicos y la absorción de las rentas provinciales vinieron a ser patrimonio de los porteños", afirmó, para resumir a continuación el drama de todo el interior argentino en una sola frase: "Ser provinciano es ser mendigo sin patria, sin libertad, sin derechos".

ABOGADOS SIN TÍTULO

Cuenta Salvador de la Colina en sus "Crónicas riojanas y catamarqueñas", editadas en Buenos Aires en 1920, que al ir a establecerse como abogado en Catamarca en 1880 se encontró con que la mayoría de sus colegas "se habían graduado a sí mismos y se llamaban letrados con igual derecho que los jefes de las montoneras —Santos Guayama, Carlos Anjel, Elizondo, etc.— se titulaban coroneles". Como era de esperar, la actuación de estos improvisados hombres de derecho provocaba divertidos y a veces dramáticos episodios, pues, como señala el cronista, aunque no eran peritos en derecho, estaban magníficamente preparados "para la sátira y el apóstrofe, de que no escapaban ni los jueces si no providenciaban a su satisfacción".

En esta cuestión de agredir magistrados se destacaba "un fraile de San Francisco" de vasta clientela que, aunque "no conocía los códigos ni de vista", gustaba de lucir su firma esplendorosamente estampada en los escritos tribunalicios. Fue así que en cierta oportunidad declaró públicamente que para "litigar ante el juez Bascoy era necesario tener los bolsillos llenos de plata". Cuando el acusado lo intimó a que demostrara la veracidad de su afirmación, Reynoso, que tal era su nombre, se negó a hacerlo argumentando: "Yo no tengo que probar nada; es Bascoy el que debe justificarse".

Claro que el padre Reynoso era sólo un exponente de esa extraña fauna leguleya que se había enseñoreado del foro catamarqueño. Entre sus colegas había muchos que no le iban en zaga en eso de desbocarse. El mismo Salvador de la Colina recuerda el caso de aquel patrocinante que, llamado al orden por un juez debido a ciertas irrespetuosidades que se le habían deslizado en un escrito, se disculpó por sus brusquedades proclamando su respeto por la justicia, "aunque estuviera representada por un negro de tamaña trompa". Es casi excusado aclarar que el magistrado era de piel morena, "tenía chata la nariz y los labios gruesos".

Pero no sólo los abogados patrocinantes usaban lenguaje tan pintoresco. Los mismos miembros del Poder Judicial hacían lo propio, y se cuenta el caso de un vocal de Tribunal que informaba a la Cámara de Justicia sobre una visita a la cárcel, en estos términos: "Se ha practicado, Excelentísima Cámara, la visita anual de cárcel, y lo primero que he preguntado a los presos es si les dan bien de comer, porque, Señor, lo primero es la barriga".

Sin embargo, los fallos dictados por los tribunales catamarqueños de la época no debieron ser del todo equivocados. El mismo cronista reconoce que el sentido común, el profundo conocimiento de los litigantes y de los asuntos en disputa permitían dictaminar con ecuanimidad y acierto. Gracias a ellos muchos funcionarios judiciales desarrollaron brillantes carreras. De la Colina recuerda el caso de uno de sus parientes, Fermín Aurelio, a quien llama doctor, aunque no lo fuera, porque se había ganado el título "con su esfuerzo propio y exclusivo, como Facundo se hizo general, con sus puños"

$ 4 - 400 m/n.

6 ARGENTINA



CATAMARCA II



PRESIDENTE
Carlos Civita
GERENTE EDITORIAL
Antonio Salonia
GERENTE COMERCIAL
Eric Skinner

ARGENTINA

Editor
César Civita
Coordinador General
Fernando Lida García
Jefe Editorial
Rubén Tizziani
Coordinador Técnico
Néstor Maldonado
Equipo Asesor
León Pomer,
Prof. Adelia María Pommerenck
Prof. Martha Irene Stefanelli
Redactores
Pablo Anania
Luis Grassino

PLAN DE LA OBRA

ABRIL EDUCATIVA Y CULTURAL S.A. agradece la colaboración de la Dirección Nacional de Turismo, del Instituto Geográfico Militar, del Ministerio de Educación de la Nación, de las distintas dependencias oficiales, de las autoridades provinciales y del Automóvil Club Argentino.

Para la compra de números atrasados dirigirse a RYELA S.A.I.C.I.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º piso, Capital Federal.

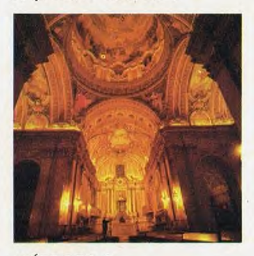
ARGENTINA

Esta obra, destinada a ofrecer un panorama completo del país, se compone de sesenta fascículos, de aparición semanal, con los que podrán formarse dos colecciones diferentes. La primera, ARGENTINA, contiene una descripción geográfica, histórica, económica, social y cultural de la Capital Federal, provincias, territorio de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, del país argentino en su conjunto y en relación con las naciones del mundo. Está integrada por las veinte páginas interiores de cada fascículo (excluidas las tapas), reunidas en tres tomos de 320 páginas y uno de 240, cuyas tapas se ofrecerán con los fascículos números 16, 32, 48 y 60. La segunda, HOMBRES Y HECHOS EN LA HISTORIA ARGENTINA, incluye acontecimientos fundamentales del pasado nacional, anécdotas y sucesos que han caracterizado al país, a su gente, a sus hijos y héroes más insignes. Está formada por las contratapas de los fascículos, una vez separadas, plegadas por donde se indica y reunidas en un tomo de 240 páginas. La tapa correspondiente será ofrecida al final de la obra.

NUESTRA PORTADA:

Catamarqueña con falda, poncho y sombrero típicos.

El próximo fascículo:



CÓRDOBA I

- La reforma universitaria
- Hechiceros, curanderas y fantasmas
- La lucha por el agua
- Mil años sembrando maíz

LA MOLIENDA

Suena el mortero en la dulce molienda. Un puñado de mies blanca y húmeda llena el pozo cilíndrico del madero horizontal. La mujer, sentada en un extremo, levanta con las dos manos la piedra moledora y la deja caer pesada sobre el maíz. Unos granos rebalsan la *tacana* y caen en el suelo. Las gallinas y los pollos, que andan cerca, corren alborozados y se apoderan de ellos con premura. Unos más atrevidos se arriman hasta el mortero y tratan de robar algunos granos, pero la mujer los aleja con el chistido de "shío, shío, shío". Y el golpe de la mano sobre la mies suena amortiguado, mullido por el maíz. Poco a poco el cereal blanco se va resquebrajando y llega al punto deseado. El afrecho se desprende como pelusilla de fruta. Y la mies quebrada, pisada, humedecida por el mismo zumo, se aprieta en el fondo del mortero.

La luz del patio se apaga en el oro de la tarde. Las gallinas esperan todavía el salvado, que la mujer, al aventar el grano, deja caer al suelo. Y con el "cloc, cloc" característico andan próximas, antes de subir a los árboles cercanos a dormir. La tarde entra en **tuta-tuta.** Un cielo anaranjado entolda la aldea y un silencio anochecido va penetrando pasito por entre los cerros.

La mujer hunde sus manos en el mortero y va sacando lo molido y lo va poniendo en la tipa. Luego disgrega la mies apelmazada y de pie llama al averío: "piú, piú, piú" y avienta el grano. Un olor grato de maíz molido llena el patio de la noche. Luego lo echa a la olla para dejarlo en remojo y al otro día hacer el locro, el plato de todos los días en los hogares de los pueblos. El locro es alimento sustancioso y fuerte hecho de maíz, que se come en toda la campiña catamarqueña. A veces va con aditamentos de carne, zapallo, cebolla, ají, con la consabida **la color;** otras veces es pobre y lleva muy pocos ingredientes, y es cuando lo llamamos guaschalocro. El locro es el plato apreciado por todos y ojalá nunca falte en la mesa de los hogares humildes.

CARLOS VILLAFUERTE



Parte de la economía de la pequeña familia campesina se apoya en la variedad de subproductos del ganado lanar.

No hay, quizá, en todo el territorio catamarqueño hora más hermosa que la del crepúsculo. En esos instantes, cuando los débiles rayos del sol apenas acarician a los hombres y a la tierra, las montañas se tornan, por trechos, azules como el mar que Catamarca nunca tiene la posibilidad de ver. Es una hora de silencio y recogimiento. Sólo a veces, y a lo lejos, se escucha el graznido de un ave solitaria, silvestre. Es que, por entonces, terminan, virtualmente, todas las actividades. Sobre todo las tareas agropecuarias, que ocupan a más de la mitad de la población económicamente activa de Catamarca. Y no es posible, cuando la noche amenaza con su llegada, ni arar la tierra ni cosecharla. A veces quiebra la tranquilidad del paisaje un pastor que arrea cansinamente su rebaño de ovejas; que no son muchas, si se tiene en cuenta la escasa cantidad de ovinos que actualmente pastan en campos catamarqueños: alrededor de ciento quince mil en total, es decir apenas el 0,4 por ciento de la cantidad global de ganado ovino que hay en todo el país.

Con ser uno de los pilares de la economía catamarqueña, la ganadería no ofrece, sin embargo, mayores posibilidades de progreso. Su desarrollo, por un mero factor climático, debe replegarse a las zonas más bajas y húmedas, con excepción del ganado asnar y mular, que se incrementa sin dificultades. Es que si en una época no demasiado lejana Catamarca cifró sus esperanzas en la ganadería —como complemento, claro, del sector agrícola—, ahora ya es difícil que ésta pueda sustentar su economía. Un ejemplo de ello lo da el número de cabezas de ganado bovino, que si bien, según lo marcan los últimos censos, incrementó notoriamente su caudal, representa, apenas, el 0,5 por ciento del total nacional con doscientas veintiséis mil seiscientas diez cabezas. En cambio, el ganado porcino, por su típica explotación casera, se extiende sin mayores problemas. Su producción (siete mil novecientas cinco cabezas) cubre el dos por ciento del total nacional, calculado en cerca de cuatro millones de animales.

Esta relativa pobreza en el campo de la producción ganadera es similar a la que puede observarse en el ámbito esencialmente agrario. Sin embargo, Catamarca continúa dependiendo económicamente de ambas actividades. Sobre todo porque un veintiséis por ciento de su población total recurre a ellas para su subsistencia. De todas maneras, ello no impide que en plazos no muy extensos puedan llevarse a cabo los planes de desarrollo alguna vez previstos para la provincia, que tienen sus raíces en la industrialización y en uno de los más inmensos tesoros que se empecina en ocultar la tierra catamarqueña: sus yacimientos mineros.

INDUSTRIALIZAR, LA CONSIGNA PARA EL FUTURO

La producción industrial catamarqueña no es relevante en el orden nacional. Sin embargo, tiene su importancia regional: la producción manufacturera y una industria liviana recién en crecimiento absorben a las poblaciones desocupadas que emigran del campo a las ciudades. Su afianzamiento, de todas maneras, así como también su desarrollo, dependen en gran medida de



1

otros servicios: energía, transporte, caminos adecuados y suficientes; sin esos requisitos mínimos, cualquier plan de desarrollo industrial naufragará.

Actualmente, entonces, su importancia reside en que modifica el proceso de desarrollo urbano, ya que proporciona fuentes de trabajo y absorbe mano de obra que, de otra manera, debería emplearse en oficinas del Estado, con el consiguiente déficit para el presupuesto de la provincia.

Dado este antecedente, el cuadro es alentador: el 22,3 por ciento de la gente que trabaja en Catamarca está abocado a la elaboración de productos alimenticios (una industria en crecimiento que abarca el 40,5 por ciento del total de la producción industrial catamarqueña). El 10,4 por ciento de la población económicamente activa, en cambio, se dedica a la industria de las bebidas, la explotación metalífera y la fabricación de productos derivados del metal, actividad que representa el 21,2 por ciento de la producción industrial de la provincia. Existen, además, industrias muy peculiares en la región de los valles, típicamente catamarqueñas: las de la "alfombra-única" por ejemplo, que con menos de un centenar de operarios en una sola fábrica lanza al mercado nacional alrededor de ciento veinte metros de tejido por mes, de la más alta calidad, con doscientos cincuenta mil nudos de trama, una labor que evidencia la capacidad de los artesanos de Catamarca.

Este es, en líneas generales, el panorama económico actual de Catamarca: relativa capacidad agrícola-ganadera, posibilidades plenas en el sector industrial que, de desarrollarse, podrían convertir a la provincia en un futuro polo de desarrollo. Pero si las actividades agropecuarias e industriales son, en cualquier comunidad, factores decisivos de progreso, no hay que olvidar que, cuando una región debe luchar contra el aislamiento propio de una ubicación geográfica desfavorable (que la aleja del mayor centro de consumo del país, la provincia de Buenos Aires) y, aun, contra las excentricidades de un clima rudo y devastador, entonces sus pobladores tienen la obligación de buscar por otros senderos la riqueza que, a veces con sistemática crueldad, se les niega en el campo y en la industria.

LOS TESOROS QUE DUERMEN EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA

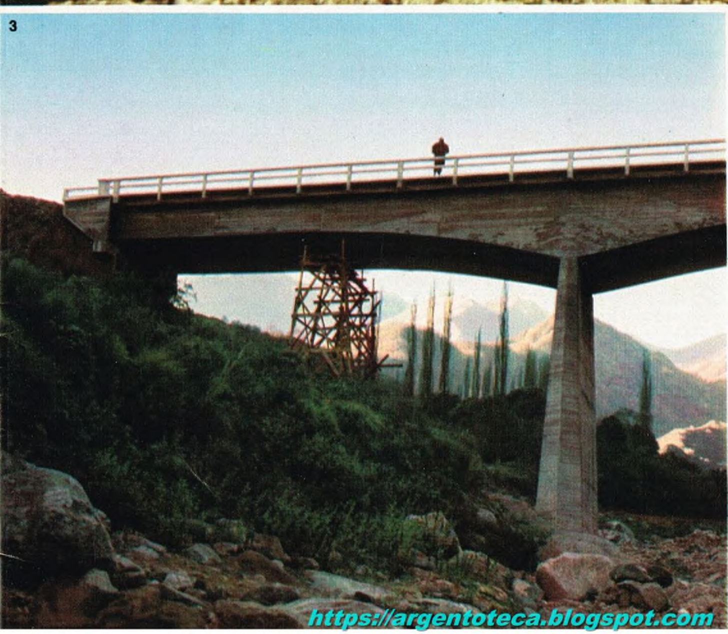
Los rumbos que pueden marcar un cambio definitivo en la economía catamarqueña no son múltiples. Es más, están sólo limitados a un ámbito de la explotación: el minero. Así lo entendieron los lugareños hace ya más de cuatrocientos años. Porque desde el siglo XVII se realizan explotaciones mineras en el suelo catamarqueño. "Lo que no viene de arriba —se dice en Catamarca— ha de venir del suelo". Y, en efecto, es una de las provincias más ricas en cuanto a yacimientos de minerales se trata. Esos tesoros, se sabe, aún no han sido explotados. Duermen plácidamente en las entrañas de la tierra. Esperan. Como lo vienen haciendo todos los hombres y mujeres de Catamarca.

Así como sucedió con Río Turbio (cuyo yacimiento de carbón fue descubierto en 1887, pero no se explotó hasta muchos decenios después, porque se consideraba antieconómica la distancia que separaba al pueblo del mayor centro consumidor del país, Buenos Aires), así también se trató a Catamarca. Con su territorio enclavado en la región misma de los Andes, la provincia se caracteriza por una impresionante riqueza minera, todavía inexplotada en su mayor parte. Los frutos que la tierra catamarqueña tiene para ofrecer son incontables: cobre, estaño, plata, oro, hierro, berilo (cuya utilización con el avance de la física nuclear se hace cada vez más necesaria), sal, boratos, rocas calizas, arenas, mármoles. Todas estas ofrendas de la naturaleza han sido sistemáticamente despreciadas, al extremo de que, en Catamarca, los minerales metalíferos, por ejemplo, alcanzaron hasta hoy una producción de 649 191 toneladas, lo que equivale al 0,13 por ciento del total del país (508 783 504 toneladas). Con los minerales no metalíferos sucedió algo parecido: su explotación apenas alcanzó al 0,16 por ciento del total nacional.

Las rocas de aplicación alcanzaron, en cambio, mayor representatividad: su producción llegó al 2,8 por ciento del total nacional.

Los últimos descubrimientos mineros de importancia han sido, en Catamarca, Farallón Negro y Farallón Blanco. Riquísimos ambos en

2



Las limitaciones de infraestructura han impedido un adecuado desarrollo de la industria en Catamarca, estimulando, en cambio, la pervivencia de sistemas artesanales de producción, de los que es muestra este telar doméstico de cestería (1), una actividad en que los lugareños se muestran extremadamente hábiles. No obstante, la actividad industrial no está ausente del panorama económico de la provincia y abarca sectores modernos, como la marmolería (2). Entre las obras realizadas en los últimos años para mejorar la infraestructura, se destaca el puente tendido sobre el río Belén (3).

oro, plata y manganeso, los dos forman parte aún de esa aventura que supone la conquista de un territorio y que nadie se atreve a emprender, como si el hombre se sintiera minimizado ante tanto despliegue de riqueza, que, celosamente, la tierra guarda para sí. Y no hay oro solamente en la mina Aguas de Dionisio, en el Farallón Negro, a cincuenta y dos kilómetros de Hualfín, departamento de Belén. El más preciado metal también se encuentra en el Salar del Hombre Muerto, en Antofagasta de la Sierra, y en Culampajá, departamento de Belén.

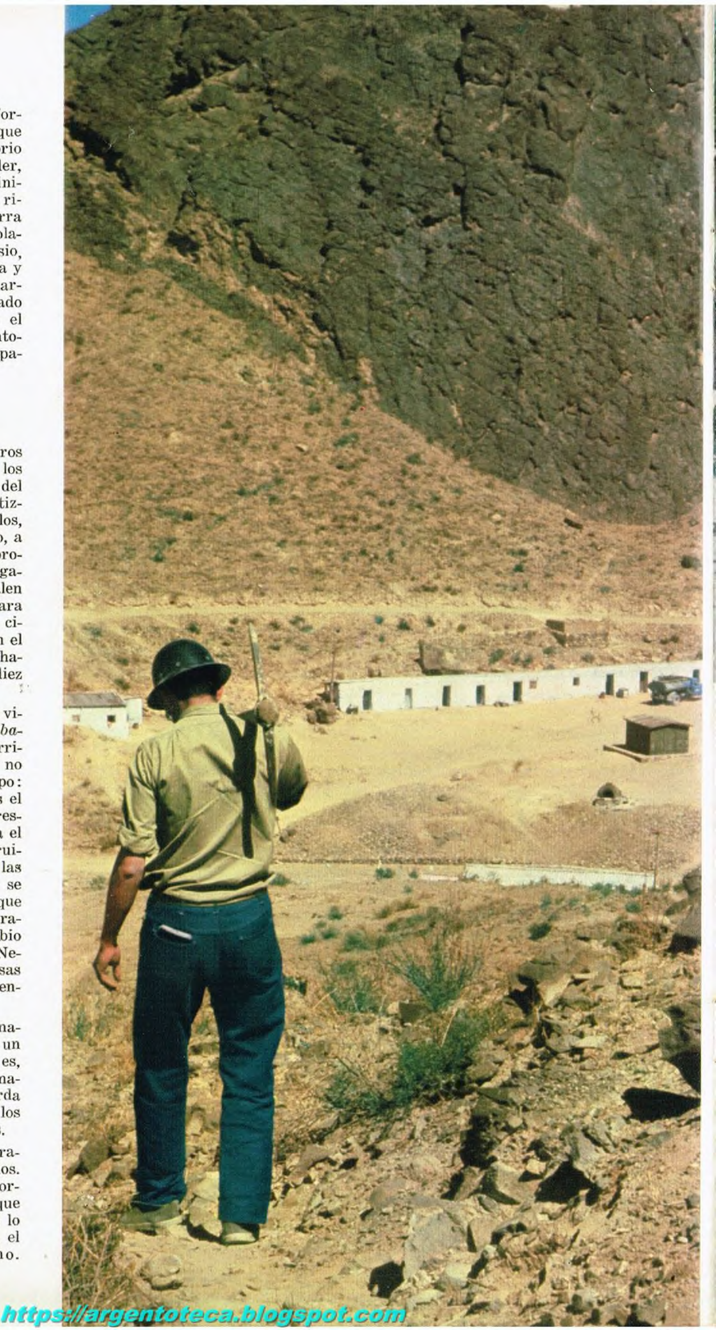
EL YACIMIENTO CON NOMBRE DE BRUJO

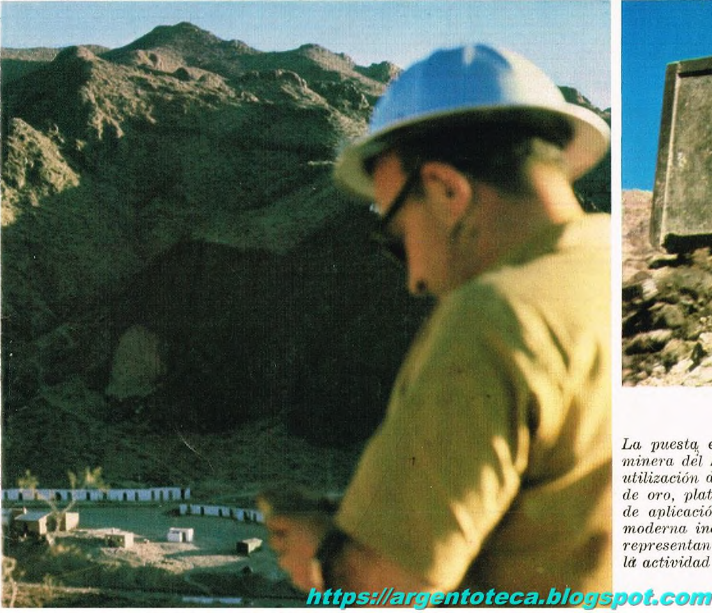
En Farallón Negro los mineros son pocos todavía. A veces se los puede ver parados sobre el carril del pico maestro. Tienen las caras tiznadas de mineral, el mismo que ellos, día tras día, van golpeando abajo, a más de trescientos metros de profundidad, para descubrir el manganeso, el oro y la plata. Cuando salen de esos hoyos gigantescos es para charlar un poco, para fumar un cigarrillo. Hablan de la "veta" con el mismo interés con que lo vienen haciendo todos los días desde hace diez años.

Para ser minero hay que saber vivir una permanente relación *arriba-abajo*. Abajo está el mineral. Arriba, la vida. Las preguntas no cambian con el correr del tiempo: "¿Para dónde sigue la veta?", es el interrogante cotidiano. Y la respuesta: "Hacia el este", o "Hacia el sur". Luego viene el silencio, la fruición de un cigarrillo, negado en las profundidades. Como si lo que se quisiera es valorar totalmente lo que se está haciendo. No es fácil horadar la tierra, despojarla. A cambio de eso, los mineros de Farallón Negro viven en las casas más valiosas del mundo, construidas precisamente con manganeso, oro, plata.

Es que Farallón Negro es la naturaleza más rica del mundo, de un curioso parecido al *Far West*. Y es, también, una de las minas con mayores posibilidades. Todavía guarda más riquezas que ninguno de los otros yacimientos catamarqueños.

El trabajo más intenso en el Farallón se hizo en los últimos siete años. Su explotación se demoró tanto porque debía existir la certeza de que el yacimiento era tan rico como lo había anticipado su descubridor, el químico tucumano Abel Peirano.







La puesta en marcha de la explotación minera del Farallón Negro y la utilización de sus reservas potenciales de oro, plata y, sobre todo, manganeso, de aplicación indispensable en la moderna industria siderúgica, representan un aporte multiplicador para la actividad económica de la provincia

Mineros y técnicos concluyeron finalmente en que era una mina importante: tiene, en oro, 8 200 kilogramos, 155 000 kilos de plata y 162 000 toneladas de manganeso.

"Abel Peirano está loco", dijeron algunos. Pero Peirano no se inmutó: en 1938 había descubierto el Farallón Negro, y cuando volvió a su provincia natal donó la mina a la Universidad de Tucumán. Entonces, Catamarca entró en litigio con el ente educacional. La provincia reclamaba la mina. La Universidad alegaba ser la propietaria por acto de donación. Todo concluyó veinte años después, con la concreción del ente estatal YMAD (Yacimientos Mineros de Aguas de Dionisio), que tomó a su cargo la exploración y explotación del Farallón Negro.

Merced a los trabajos de YMAD, ahora se sabe que en el yacimiento (que puede hacer de Farallón Negro el pueblo más importante del noroeste argentino) hay casi un millón y medio de toneladas de mineral bruto. Además, se supone, luego de estudios realizados en la mina "Alto de la Blenda", a quinientos metros del Farallón, que este tonelaje se puede duplicar. Y existen otros yacimientos en el extenso territorio que se domina desde Farallón. Las treinta y cuatro mil hectáreas de Aguas de Dionisio comprenden manifestaciones de cinc, plomo y cobre cuya importancia no se ha determinado aún. Si se decide la explotación racional de la región, este lugar del noroeste catamarqueño tendrá trabajo para cincuenta años. Pero la mina no es importante por el dinero que puede lograrse con su producción. Todo catamarqueño sabe que el Farallón, para ser explotado, requiere caminos, líneas de alta tensión, centros industriales, campamentos modernos para mineros. Y es posible, tal vez, que surjan nuevas industrias a su alrededor.

Así encarada la explotación del Farallón Negro, se logrará convertir a la región en un auténtico polo de desarrollo, a partir del cual puede transformarse definitivamente el futuro de Catamarca.

El gran yacimiento con nombre de brujo (como suelen humorar los lugareños) espera el esfuerzo de los hombres para rendir en todas sus posibilidades. Cuando llegue ese día, Catamarca podrá estar tranquila sobre su porvenir. Pero, mientras tanto, continuará sobrellevando sus penurias, radicadas fundamentalmente en el campo educativo y sanitario.

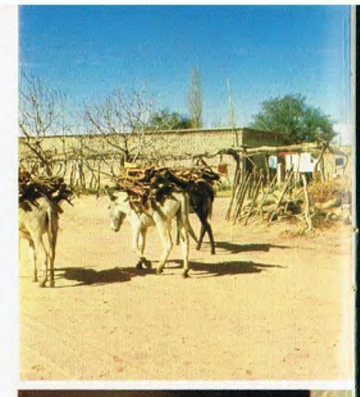
EL LLAMADO DE LA REALIDAD

El grado de desarrollo económico, social, político y cultural de un pueblo se mide según diversos patrones. Sanidad y educación son fundamentales. Cuando en un pueblo la mortalidad infantil alcanza el 75 por mil (es decir, 75 muertes por cada mil nacimientos), debe suponerse que no existen medios suficientes como para atender las necesidades inmediatas de los pobladores.

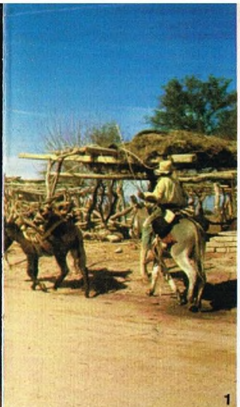
No es casual que las principales causas de muerte (entre niños y adultos) en Catamarca hayan sido clasificadas en este orden por el Ministerio de Salud Pública: enfermedades particulares de la primera infancia (14,8 por ciento del total de muertes), gastritis, duodenitis, enteritis y colitis (14,2 por ciento). Para atender el número de pacientes afectados, tanto en el nivel infantil como en el adulto, funcionaron en 1971 ciento sesenta y ocho establecimientos asistenciales con una existencia aproximada de un millar de camas, número insuficiente para cubrir las necesidades de internación del pueblo catamarqueño. Estas cifras son, no cabe duda, un llamado de la realidad. En el aspecto sanitario, como muchas otras provincias, Catamarca debe resolver innumerables problemas. Es que la geografía provincial presenta un extenso territorio con una población tan diseminada que impide, inclusive, la radicación de médicos en diversas zonas. Los servicios sanitarios, debido a los accidentes geográficos, resultan deficientes. Por eso, mientras que todo el país puede ofrecer una tasa de 16,7 médicos por cada diez mil habitantes, la provincia sólo alcanza a una tasa de 4,5 médicos.

Para superar ese problema se estudian soluciones inmediatas: la construcción de un centro hospitalario regional en la ciudad capital, el apoyo a las comunidades de menos de tres mil habitantes con la creación de unidades sanitarias mínimas y los mejoramientos de la Policlínica de niños, en la ciudad capital, y de los hospitales rurales de Icaño, Chumbicha y Pomán. Se estudia, además, la construcción de hospitales para las ciudades de Tinogasta, Santa María y Recreo.

En el ámbito educativo, el panorama catamarqueño actual alcanza






1


2

Las primitivas condiciones en que se desenvuelve la vida de gran parte del pueblo catamarqueño (1) determinan que el panorama educativo presente serias deficiencias. No obstante, esta situación tiende a ser mejorada con la apertura de nuevas escuelas rurales (2) y la intensificación de la educación artesanal y técnica, como la que se imparte en la Escuela Fábrica de Alfarería y Cerámica (3) que funciona en la ciudad capital.

3



El Museo Arqueológico del Instituto Fray Mamerto Esquiú es un testimonio del rico acervo cultural diaguita.

iguales dimensiones que el sanitario. El crecimiento de la población escolar, por ejemplo, no guarda relación con el de la infraestructura edilicia que debe cobijarla. El estado de muchos edificios escolares, sobre todo en el área rural, es deficiente en alto grado. Las escuelitas, de una o dos aulas, funcionan en ranchos o, aun, en casas particulares. Por eso no extraña que en Catamarca exista un alto índice de deserción escolar. Por otra parte, la existencia de quince mil analfabetos, entre los mayores de catorce años (el treinta y ocho por ciento de ellos perteneciente al sexo masculino) retacea la admiración que habría que sentir por el trabajo educativo que se lleva a cabo sin pausas en la tierra de fray Mamerto Esquiú. Funcionan en ella seiscientas cuarenta y ocho escuelas primarias, treinta y ocho de enseñanza media, cuatro casas de altos estudios extrauniversitarios y diecisiete centros de educación parasistemática (con cursos oficiales y privados), que reúnen, en total, a casi sesenta y cinco mil alumnos y a tres mil ochocientos cuarenta y siete maestros y profesores.

Estas cifras denuncian la preocupación de la provincia por brindar a sus hijos un porvenir diferente al que puede entreverse en la pobreza de las escuelitas rurales. En efecto, ya se han encarado planes destinados al reemplazo de locales que no reúnen las condiciones higiénicas necesarias para la tarea pedagógica. Se estima que en un lapso breve se construirán treinta y cinco nuevas escuelas, de una, dos y tres aulas, con una vivienda mínima para el maestro - director, y se remodelarán y ampliarán los actuales edificios existentes para la enseñanza.

Para el funcionamiento de la Escuela de Oficios (pilar de un proceso de industrialización) se construirán aulas - talleres, gabinetes y laboratorios, y un complejo escolar anexo. También se habilitará la escuela agrotécnica, en Colonia Pirquitas; se remodelará la Escuela Normal de Santa María, se alzará una escuela en Tinogasta y se levantará, en la capital, el nuevo Instituto Nacional del Profesorado.

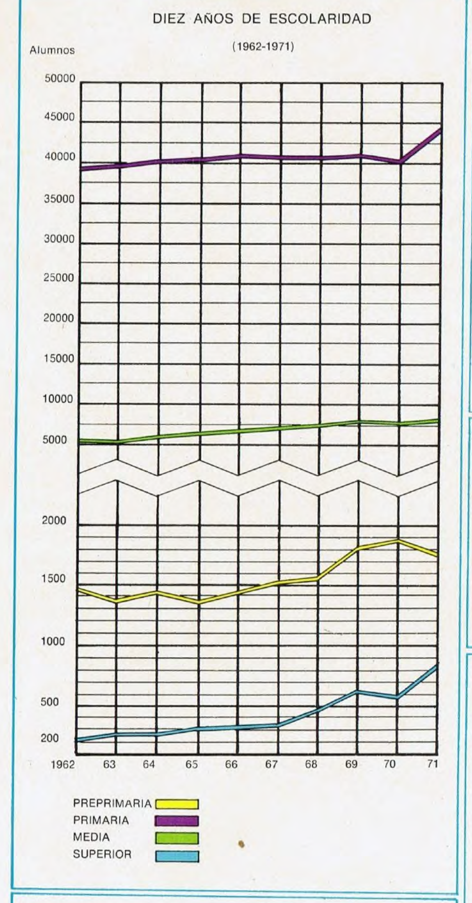
Las medidas, de llevarse a cabo, volverán a situar a Catamarca en un lugar de privilegio en el ámbito cultural y educativo. Quizás el mismo que, en períodos no muy lejanos, alcanzó la provincia cuando la actividad intelectual de sus pobladores era tan intensa como la de los habitantes de Buenos Aires.

LOS AÑOS LUMINOSOS

Los mismos patrones que se tienen en cuenta para enumerar los problemas de un territorio deben utilizarse cuando existe un óptimo nivel en otros campos de la actividad. Porque medir la cultura de Catamarca, por ejemplo, por su grado de analfabetismo, impediría conocer las obras artísticas, científicas y literarias que sus hombres produjeron a través del tiempo.

Heredera de España y de las milenarias culturas autóctonas, Catamarca adquirió una madurez inusitada en el campo de las letras y de la investigación.

Las condiciones óptimas para que se manifestara surgieron después de 1850 y, en primer término, con el periodismo, que tiene un largo ca-



MUSEOS

Dentro del panorama cultural catamarqueño se destacan por la importancia de sus colecciones los siguientes museos:

Instituto Cultural Fray Mamerto Equiú, sede del Museo Arqueológico Calchaquí, Sarmiento 450, Catamarca.

Museo Provincial de Bellas Artes "Laureano Brizuela", República 338, Catamarca.

Museo Arqueológico "Belén", propiedad del señor Eduardo Cura, ciudad de Belén.

Museo Arqueológico - Escuela "Lafone Quevedo", ciudad de Andalgalá.

Museo Arqueológico de los Indios Quilmes, propiedad del canónigo V. Vázquez, ciudad de Santa María.

Museo y Archivo Histórico de la Provincia, Mota Botello 620, Catamarca.

LUGARES HISTÓRICOS

Heredera de un rico pasado, Catamarca conserva numerosos lugares que evocan momentos claves de su historia. Entre ellos:

Gruta de la Virgen del Valle, lugar en que fue recuperada por los españoles —año 1630— la sagrada imagen.

Casa natal de Fray Mamerto Esquiú, ubicada en Piedras Blancas, en el departamento de Fray Mamerto Esquiú.

Capilla de Nuestra Señora del Rosario, también en el departamento de Fray Mamerto Esquiú.

Capilla del Señor del Milagro, en la localidad de San José.

Campo de Pucará, en el departamento de Andalgalá, donde aún existen ruinas de lo que fue uno de los más importantes fuertes indígenas.

Museo Arqueológico Calchaquí, fundado y dirigido por el padre Fray Salvador Narváez.

Catedral, Basílica de Nuestra Señora del Valle, notable por su construcción colonial y por los tesoros que guarda en su interior.

Localidad de Londres, primera fundación española en lo que es hoy el territorio catamarqueño.

BIBLIOTECAS DE LA PROVINCIA

Las bibliotecas más importantes por el número de volúmenes que poseen y por la cantidad de lectores que recurren a ellas son:

Biblioteca Provincial Dr. Julio Herrera, S. Martín 470, Catamarca.

Biblioteca Domingo Faustino Sarmiento, Maipú 630, Catamarca.

Biblioteca Popular Manuel Belgrano, Vicario Segura 1510, Catamarca.

Biblioteca Dr. Nicolás Avellaneda, Barrio Sur, Catamarca.

Biblioteca Unión y Progreso, Villa Cubas.

Biblioteca Manuel Ponferrada, La Chacarita, Cuartel Quinto.

Biblioteca Esteban Echeverría, Tucumán 800, Catamarca.

CALENDARIO DE FIESTAS RELIGIOSAS Y POPULARES

Del 14 al 17 de enero, festivales del Fuerte de Andalgalá, en el departamento del mismo nombre.

Del 18 al 20 de enero, fiestas patronales y Festival Folklórico de San Sebastián, en el departamento de Pomán.

El 31 de enero y 1º y 2 de febrero, fiestas de coronación de la Reina de Yakovil, departamento de Santa María.

Del 10 al 14 de febrero, Fiesta Nacional del Aguardiente, en Villa Dolores, departamento de Valle Viejo.

El 20 de febrero (aproximadamente), Fiesta Provincial y Regional de la Vendimia, en el departamento de Tinogasta.

A los quince días de la Pascua de Resurrección, aniversario de la coronación de Nuestra Señora del Valle, festejos que duran ocho días, Catamarca.

Del 10 al 12 de abril, Folkloreando en Esquiú, en el departamento de La Paz.

En el mes de julio, Fiesta Nacional del Poncho, en la ciudad de Catamarca.

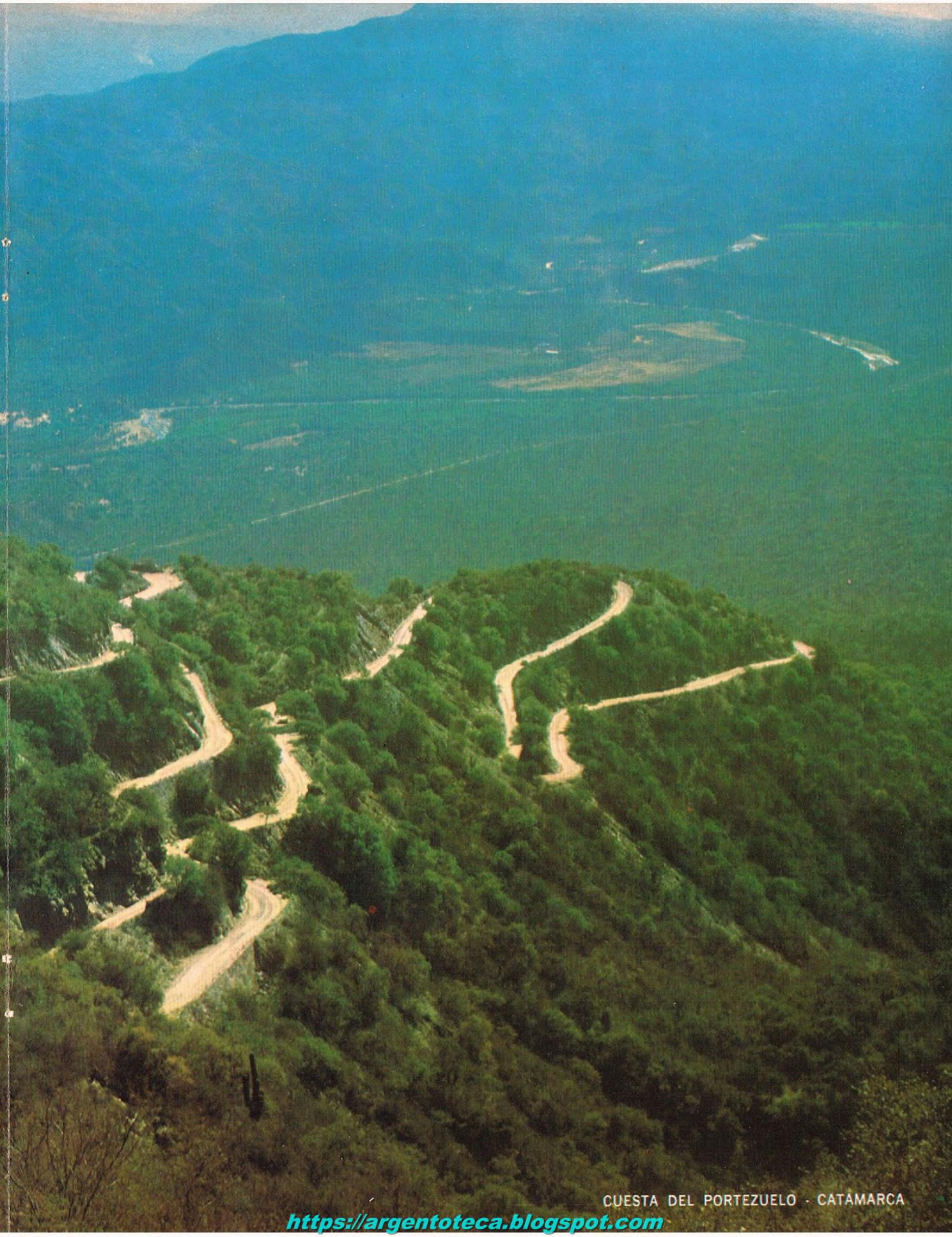
A partir del 25 de agosto, con nutridos festejos se celebra la Semana de Catamarca.

Del 23 al 25 de octubre, Festival del Folklore del Oeste Catamarqueño, que se realiza en Belén.

El 17 de noviembre, Fiesta Graciana de la Tradición, en la localidad de San Antonio, departamento de Fray Mamerto Esquiú.

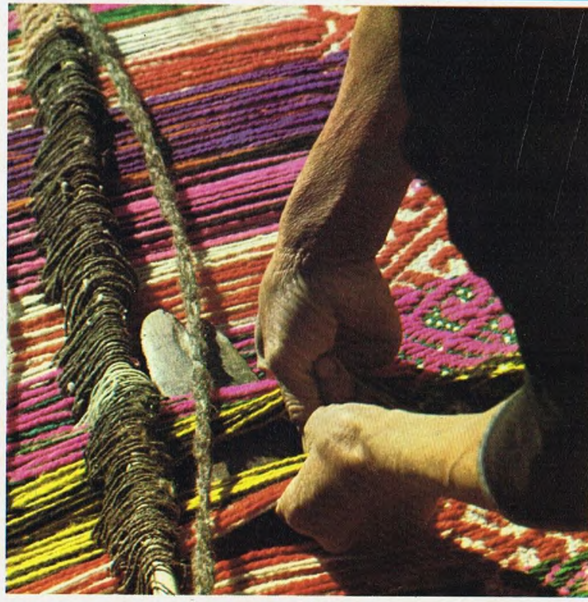
El 29 de noviembre, durante nueve días se festeja a Nuestra Señora del Valle en la capital de la provincia.





CUESTA DEL PORTEZUELO - CATAMARCA





LA FIESTA NACIONAL DEL PONCHO

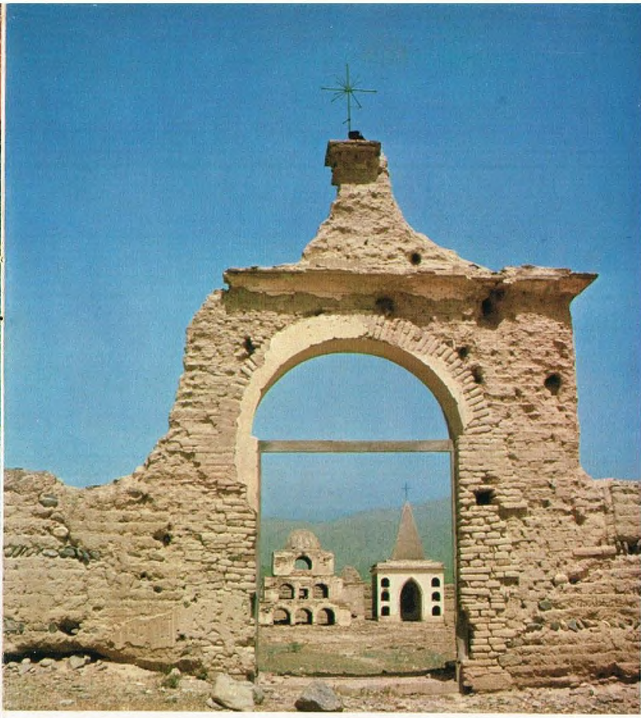
Hay una época en Catamarca durante la cual todas las calles de sus ciudades y poblados vibran al son de un solo ritmo: el del telar. Todos los años, durante el mes de julio —excepto en dos oportunidades en que un decreto provincial la trasladó al mes de agosto—, se celebra en la provincia la Fiesta Nacional del Poncho. Entonces, más de treinta mil turistas llegan al epicentro de los festejos, la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca.

Es así como, sin previa orden, comienzan a bajar hacia la capital catamarqueña los habitantes de los caseríos cercanos, que, con la música de sus charangos y sus quenas, se suman a los festejos. En plena calle algunas tejedoras instalan sus telares para producir, a la vista de todo el mundo, los ponchos más bellos que puedan imaginarse. Pero la tarea que supone entretejer esa cálida trama multicolor comienza para ellas mucho antes. Quizá cuando se dedican a elegir los tintes para el tejido, entre las mil posibilidades que les ofrecen el algarrobo, la vid, la cochinilla, la pata o el espinillo. O cuando sus hombres construyen los rústicos telares con horcones de palo duro. Ese es el trabajo previo. Después sí, ellas exhibirán su maestría a la sombra de un árbol o de una parra, sentadas en rueda cordial, haciendo mover velozmente el huso, enroscando el "envolvedor" o formando ovillos.

Las teleras, o tejedoras, saben a ciencia cierta que no están tramando una prenda común. Por el contrario: el poncho no es sólo un atuendo folklórico. Es la manta americana por excelencia, ayer túnica indígena, luego prenda gaucha, hoy atavío de hombres y mujeres de todas las latitudes. Además, ese humilde poncho representa para todos los catamarqueños la historia y la tradición de libertad de todo un pueblo: los ejércitos del general San Martín, en su gesta histórica, cruzaron la cordillera de los Andes abrigados por esta pesada manta, prolijamente realizada por anónimas mujeres catamarqueñas.

Por eso, también, los caminos de julio, en Catamarca, son caminos de fiesta. Las ciudades del interior, los más remotos poblados, realizan ferias y festivales donde el arte regional compite no sólo en ponchos sino también en sus más diversas manifestaciones: alfarería, canto, tejido de alfombras. El pueblo se unifica. Renace la vieja cultura indígena y desborda en la alegría laboriosa de los lugareños.

En Belén, Andalgalá, Piedra Blanca, Santa Rosa, Valle Viejo o Tinogasta parecieran resucitar (en el modelado de cerámicas maravillosas) las virtudes quichuas o diaguitas: urnas, pipas, huacas, máscaras de piedra o madera, hachas de bronce, joyas de plata, túnicas y esculturas van adquiriendo vida en manos de estos verdaderos creadores de un arte que no puede extinguirse porque, precisamente, es herencia milenaria. Como lo es el poncho. Por eso no hay atuendo personal, en el campo o en las ciudades argentinas, que no conste de esa manta con centro hendido, hecha de lana o de vicuña, como un mudo homenaje a los que vivieron, lucharon y murieron al amparo de esas montañas que perfilan el horizonte de Catamarca.





Entre las reliquias que se conservan en la provincia, llaman la atención del viajero las ruinas del cementerio de Choya, abandonado en 1884, que aún se alzan camino al dique El Jumeal (1), y este Ecce Homo (2), lograda talla en madera policromada de autor nativo desconocido.

mino recorrido desde la aparición de *El Ambato* (1857), concebido por el que fue gobernador de Catamarca, Gregorio Eusebio Rouzo, y que contó entre sus colaboradores a fray Mamerto Esquiú. Desaparecido en 1861, lo reemplazó *El Centinela del Norte*, que publicó Ramón Bravo. Con la efervescencia política nacional, a la que Catamarca no fue ajena, se revelaron *La Opinión* (1873) y *El Andino* (1875), como expresiones de esa lucha silenciosa sostenida en la provincia. Por su parte, la juventud buscó las arenas de la controversia con *Brisas Andinas*, cuyas páginas enriquecieron las notas de Ezequiel Soria, Adán Quiroga, Manuel Soria, Adolfo Castellanos y Guillermo Correa.

Un suceso en la vida cultural catamarqueña fue la llegada de la cuarta imprenta (1888), que permitió ampliar el panorama de la expresión literaria. De sus cajas salieron *La Montaña* y *Figarillo*, la meritoria publicación de los estudiantes del Colegio Nacional, al que perteneció también el ex presidente de la República Ramón S. Castillo, quien, en 1889, dirigió *El Estudiante*. Decenas de títulos, casi todos de existencia efímera, pueden mencionarse, pero entre los que más se destacaron por su solvencia y longevidad figuran *La Ley* (1897-1917), de José Reydó; *El Día* (1912-1932), editado por Manuel Ponferrada, y *El Progreso* (1924-1949), dirigido por Luis Alberto Ahumada. En 1928 se voceó por primera vez *El Porvenir*, el semanario que cambió de nombre al poco tiempo por el de *La Unión*, y que desde 1943 se transformó en diario. En la actualidad se edita bajo el mismo título con una tirada diaria de seis mil ejemplares.

LAS MUSAS QUE BAJARON DE LAS MONTAÑAS

La literatura se enriqueció desde que Federico Espeche, en 1875, publicara *La Provincia de Catamarca*, un sólido trabajo en el que quedaron grabados, con delicioso estilo, los días de la vida catamarqueña del siglo pasado. Samuel Lafone Quevedo, "uruguayo de cultura europea, radicado en Pilciao, departamento de Andalgalá", como dice Villafuerte, fue un minucioso cronista de esas tierras a las que retrató en *Londres y Catamarca*, libro en el que por primera vez en la Argentina se escribio la palabra *folklore*. A Ezequiel Soria se lo recuerda como a un innovador que introdujo la zarzuela y los cuadros musicales hacia el año 1885.

Dos escritores, Manuel Soria y Adán Quiroga, tuvieron a su cargo la producción de obras históricas de real importancia. Soria redactó *Fechas catamarqueñas*, *Libros capitulares* y *Curso elemental de la historia de Catamarca*, mientras Quiroga, sanjuanino de origen, produjo dos obras notables en las que investigó las culturas de los pueblos que habitaron, desde época inmemorial, el noroeste argentino: *Calchaquí* (año 1897) y *Folklore Calchaquí*, publicada recién en 1922, dieciocho años después de la muerte de su autor. A Juan Alfonso Carrizo se le debe la recolección en cinco volúmenes de canciones del norte argentino, uno de los cuales está dedicado a Catamarca y figura entre las más importantes recopilaciones en el orden mundial. En la producción teatral,

Julio Sánchez Gardel, fallecido en 1937, dejó una serie de obras costumbristas que todavía se aplauden en los escenarios nacionales, como *Los mirasoles* y *La montaña de las brujas*. Los poetas catamarqueños han alcanzado jerarquía en el ámbito nacional e internacional por sus obras de gran belleza: Luis Franco, entre ellos, con *La flauta de caña* y *Los trabajos y los días*, y Rafael Jijena Sánchez, con *Achalay*.

La música está representada por valores de alta jerarquía como Manuel Acosta Villafañe, Polo Jiménez, autor de la recordada zamba *Paisaje de Catamarca*, Arturo Sosa Mercado y otros que siguen las huellas abiertas años atrás por Pedro Ignacio Acuña.

Obsesionados por las bellezas de su tierra, los autores catamarqueños, desde siempre, han reflejado en sus obras ese amor que nace ante la constante presencia del paisaje, nunca agotado en el canto. Por eso, seguirlos permitiría penetrar en el corazón mismo de la naturaleza. Y en ella, detenerse.

UN PARAÍSO TURÍSTICO

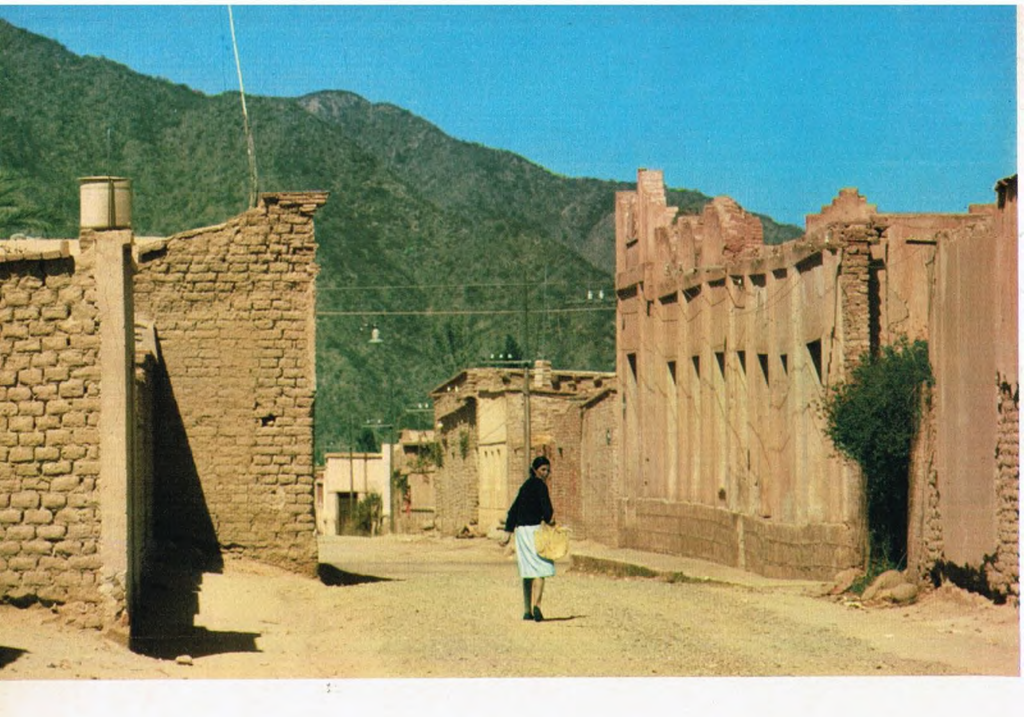
Literatura y paisaje forman así una unidad poco menos que indestructible. Pero es mucho más apasionante, por supuesto, vivenciar personalmente las bellezas de la tierra que gozarlas a través de la palabra escrita. Es que Catamarca tiene misterios milenarios que tal vez sólo puedan comprenderse conociéndola palmo a palmo. Pocos saben, por ejemplo, por qué una palabra de origen quechua (Catamarca, que significa en ese idioma "castillo o fortaleza en la falda de una ladera") le dio su nombre a la provincia. Quizá su fundador confundió las lenguas de los aborígenes que habitaban el suelo argentino y no encontró mejor solución que denominar a la ciudad que fundó en los valles del noroeste, precisamente en la falda de los cerros, con el nombre de Catamarca, sin tener en cuenta que los diaguitas no hablaban el quechua.

Lo cierto es que esa palabra concentra en su torno todo el misterio de una comarca prácticamente ignorada por los aluviones turísticos que, cada año, invaden distintas regiones del país. Situada en un territorio de absolutos contrastes geográficos, Catamarca ofrece sierras selváticas y valles de serena belleza, gigantescas y áridas salinas, montañas impresionantes, llanuras infinitas.





Al igual que en otras capitales fundadas en la época colonial, la Catedral de Catamarca (1) ocupa un lugar de privilegio en las proximidades de la céntrica plaza 25 de Mayo (2) y la Casa de Gobierno (3). Entre las atracciones que esta ciudad de casi sesenta mil habitantes brinda al turista se destacan monumentos religiosos, lugares históricos, muestras de artesanía regional y una incipiente vida nocturna (4) que permite entrar en contacto con expresiones artísticas de genuina raigambre nativa.



La primera experiencia de un paisaje fascinante la recibe el turista que penetra por el sur —ruta 38—, con los huertos y naranjales de la ciudad de Chumbicha y, sesenta y seis kilómetros más adelante, con el vaho colonial de la capital de la provincia, San Fernando del Valle de Catamarca, fuente de atracción ineludible por la majestuosa arquitectura de sus antiguos edificios, entre los que se destaca la sobria belleza de la Catedral, concluida en 1744, donde se realizan las ceremonias en honor de la Virgen del Valle, o La Morenita, como la llaman los catamarqueños. Para llegar hasta la gruta de Choya, donde se asegura que apareció la estatuilla de la Virgen, hay que recorrer siete kilómetros, pasando por la Alameda —sombreado parque con lago y árboles centenarios— y la avenida Mitre. En la ciudad, también, se visitan el Museo Arqueológico y de Arte Religioso y el Instituto Cultural Esquiu, que conserva valiosas colecciones de cerámicas, instrumentos y objetos de la civilización diaguita. En los alrededores se alza el dique El Jumeal, con su lago poblado de pejerreyes, y, más allá, la idílica región de El Rodeo con sus villas situadas entre arroyos, en la falda del Ambato.

Son numerosos los centros turísticos que se erigen en la capital y alrededores: la zona del dique Las Pirquitas, por ejemplo, con sus típicas hosterías que constituyen un inédito atractivo para los visitantes. Por el contrario, el ascenso, de diecisiete kilómetros, a la Cuesta del Portezuelo —balcón natural sobre el valle de San Fernando, en el acceso a Santiago del Estero o a la sierra de Ancasti— proporciona las más singulares emociones, que se acentúan si el viajero continúa por la ruta 38 que lleva a Tucumán a través de senderos cubiertos por la vegetación de la cuesta del Totoral, que abarca la región serrana de La Viña y La Merced.

Hacia el noroeste se hallan las rutas de montaña, donde pastan cabras, llamas y vicuñas, con cuyas lanas los pobladores reviven el antiguo arte del tejido produciendo, en rústicos telares, mantas admirables. Para alcanzar Andalgalá —a doscientos diez kilómetros de la capital— es necesario trepar por la gran cuesta de la Chilca —sobre la ruta 62—, con sus quince kilómetros de estrechos caminos de cornisa y profundos abismos.

Belén se ha constituido en el emporio del tejido regional, la "ciudad de las hadas hilanderas", como se la llama. Está ubicada estratégicamente en el cruce de los caminos que desembocan en los Valles Calchaquíes de Salta o bajan rumbo al sur hacia Tinogasta, adonde se llega, también desde Belén, por Fiambalá, cuna de los vinos de gran estirpe. El mismo camino conduce a Chile a través del Paso de San Francisco (cuatro mil setecientos veintiséis metros de altura); desde allí se divisan los picos nevados del cerro Ojo del Salado (seis mil novecientos noventa metros).

Nada mejor que llegar a Catamarca entre el 1º y el 20 de agosto de cada año, lapso durante el cual se efectúa la Fiesta Nacional del Poncho, que permite al turista aproximarse a las más ricas creaciones artísticas populares y conocer el





Belén (1), a 285 km al NO de la capital, es el centro de las artes textiles tradicionales. Las artesanías populares (cerámica, cestería, tejidos) se ofrecen en las ferias de la provincia (2). Por el colorido y belleza de su diseño, los ponchos tejidos por las lugareñas (3) atraen la atención preferente de los visitantes.

matizado repertorio de comidas regionales, su música y su danza. Allí, de tanto en tanto, es posible encontrar a una vieja centenaria de rasgos indígenas, tejiendo una fantasía de llama o de vicuña con hebras que se alargan alrededor del corazón del hueso de la "puiscana". Los horcones afirman el telar sobre la tierra y del incesante golpeteo de la "pala" surge el poncho con su colorido diseño. El rito se repite en Belén, Tinogasta, Santa María y Londres, alrededor de alguna tejedora, mientras otros artesanos exhiben sus cerámicas, reproducciones de las que habían ideado los indios diaguitas.

A LA SOMBRA DE LOS CERROS EN FLOR

Más allá de las tradiciones que con tanta puntualidad se evocan en toda la provincia, el turismo —pese a la falta de hoteles y de caminos— recibe a cambio, en estado casi natural, el paisaje catamarqueño, en el que los hombres apenas han puesto sus manos. Inclusive sus bosques —talados sin misericordia— conservan cierta frescura y pureza. Existe la certeza —según el comentario de un editorialista local— de que los turistas prefieren en Catamarca estar en permanente contacto con el paisaje, y no en habitaciones confortables.

Los cazadores y pescadores buscan, en efecto, esa variante, cuando en los cerros, en las lagunas o en el llano se lanzan tras una presa; en Placlín, Santa Rosa, El Alto, La Paz o Ancasti, donde abundan la perdiz copetona, la pava de monte, el conejo australiano, la liebre patagónica, la vizcacha, la corzuela, el jabalí, el puma y el gato montés. Tinogasta y Santa María (zona precordillerana) y Belén son un paraíso de avestruces, vicuñas, venados, llamas y guanacos, y para participar en los safaris que organiza una hostería en El Almito (Andalgalá) durante los meses de abril y mayo, los cazadores deben proveerse de vestuarios de alta montaña, ya que merodearán a más de tres mil metros de altura en busca de una pieza a menudo esquiva.

En todos los diques de la provincia la pesca es fructífera, por la cantidad de pejerreyes que los habitan. Algunos ejemplares de perca es posible conseguir en el dique Las Pirquitas. La carpa, famosa por su habilidad y resistencia, se multiplica en la represa El Jumeal. Pero, de todas las especies, la trucha es la más codiciada. Para pescarlas no hay más que descubrir los ríos montañosos que surcan el Ambato y Capayán, como El Tala, Los Nogales y Concepción.

Pescar, caminar, cazar, mirar. Sobre todo, mirar esa tierra que se arruga en cientos de cerros cuajados de tunas, cardones y flores del aire, esos hilos brillantes del agua que rebotan en las piedras de los arroyos: es ésta otra de las riquezas que posee Catamarca, la de su paisaje. No cabe duda: descubrir Catamarca significa emprender un viaje al fondo de los siglos. Porque aún hoy, en remotos pueblitos montañeses o en ocultas localidades de llanura, es posible percibir que la vida está detenida desde hace más de quinientos años. Y allí al paisaje sobrenatural se suma la presen-

cia de hombres y mujeres que crecen, que sueñan, que trabajan como lo hacían los más antiguos habitantes de la comarca. Es que, en casi todos los pueblos de Catamarca, sus pobladores conservan sin cambios las viejas costumbres de elaborar sus propios alimentos. Porque para ellos todo es trabajo y confianza en la tierra que provee las materias primas.

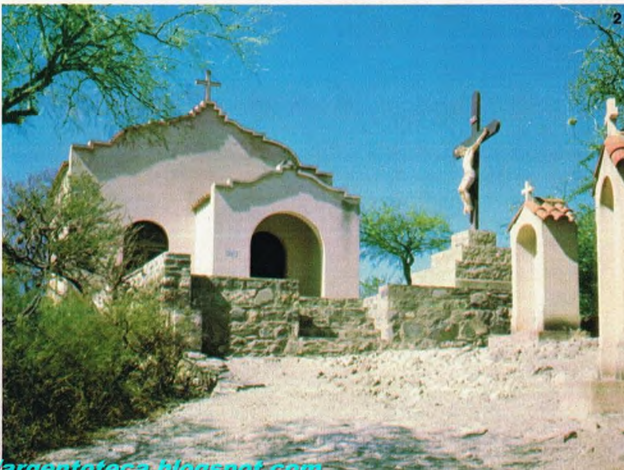
EL LUGAR DE LAS LIEBRES

Antes de la llegada de los conquistadores, en esas mismas poblaciones, con esos mismos instrumentos de labranza, utensilios domésticos y animales, vivían y se alimentaban de sus productos otros hombres, los antepasados de quienes hoy, en las sierras del Alto, por ejemplo, a novecientos metros sobre el nivel del mar, forman parte de una aldea cuyo nombre, Valismán, recuerda heroicas gestas indias. Metida en un pequeño valle circundado por lomadas, la localidad posee un arroyo de escaso caudal cuyas aguas no pueden ser utilizadas para el riego. El pueblo figura en los mapas antiguos con el nombre de Vilismano, que en quechua significa "lugar de las liebres" y en la tradición de los lugareños quiere decir "villa de hermanos". En el siglo XVIII ya había en la región una capilla. Pero la que existe en la actualidad data del año 1817. En sus campanas, fundidas con oro, lleva, sin embargo, otra fecha: 1825.

En Valismán los hombres trabajan la tierra y siembran pequeñas parcelas de maíz, alfalfa y trigo. Cuando llega la época de la cosecha, con los primeros choclos se preparan las exquisitas humitas y los mitológicos tamales. Humita es una voz del Cuzco que designa una comida hecha de choclo rallado, sin carne, y que también se conoce con el nombre de "huminta". Era, se sabe, una especialidad de los indios diaguitas, que preparaban el grano de choclo moliéndolo en "conanas" (morteros) y untándolo con grasa de guanaco. Ciro Bayo, en su "Manual del lenguaje criollo", explica que es "una empanada panamericana con mucho ají, choclo pisado con suero y leche de vaca, y puesta la masa a cocer al horno. Se sirve envuelta y atada con chala y se adereza con picadillo, ave y queso. Se diferencia del tamal en que éste no lleva pimentón ni ají".

Una variación de la humita, especialidad de los habitantes de Va-

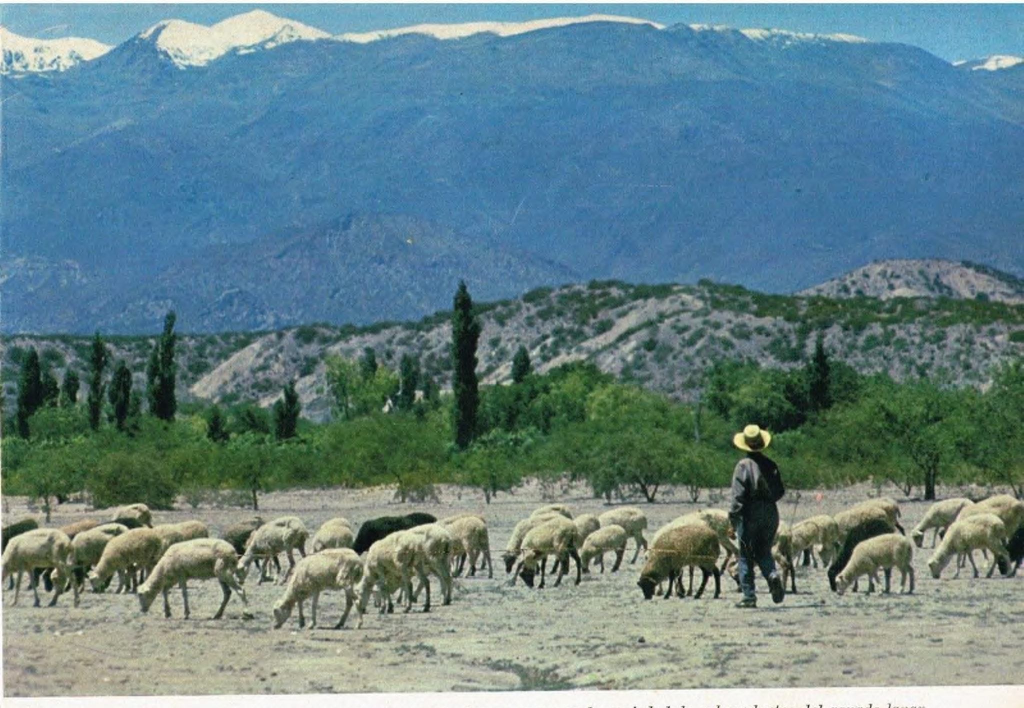
1





4

Múltiples y variados son los atractivos que brindan al turista la geografía y las costumbres de Catamarca: desde el encanto de sus platos tradicionales, que las mujeres cuecen en rústicos hornos de barro (1), hasta la solemne emoción religiosa que inspiran lugares de devoción como el Calvario (2), la agreste belleza de las termas de Villa Vil (3), situadas a 2 500 metros sobre el nivel del mar, o la típica población de Santa María (4), con sus 2 800 habitantes, enclavada en el corazón de los valles calchaquíes y en cuyas proximidades subsisten abundantes ruinas de la época prehispánica.



Parte de la economía de la pequeña familia campesina se apoya en la variedad de subproductos del ganado lanar.

No hay, quizá, en todo el territorio catamarqueño hora más hermosa que la del crepúsculo. En esos instantes, cuando los débiles rayos del sol apenas acarician a los hombres y a la tierra, las montañas se tornan, por trechos, azules como el mar que Catamarca nunca tiene la posibilidad de ver. Es una hora de silencio y recogimiento. Sólo a veces, y a lo lejos, se escucha el graznido de un ave solitaria, silvestre. Es que, por entonces, terminan, virtualmente, todas las actividades. Sobre todo las tareas agropecuarias, que ocupan a más de la mitad de la población económicamente activa de Catamarca. Y no es posible, cuando la noche amenaza con su llegada, ni arar la tierra ni cosecharla. A veces quiebra la tranquilidad del paisaje un pastor que arrea cansinamente su rebaño de ovejas; que no son muchas, si se tiene en cuenta la escasa cantidad de ovinos que actualmente pastan en campos catamarqueños: alrededor de ciento quince mil en total, es decir apenas el 0,4 por ciento de la cantidad global de ganado ovino que hay en todo el país.

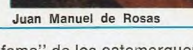
Con ser uno de los pilares de la economía catamarqueña, la ganadería no ofrece, sin embargo, mayores posibilidades de progreso. Su desarrollo, por un mero factor climático, debe replegarse a las zonas más bajas y húmedas, con excepción del ganado asnar y mular, que se incrementa sin dificultades. Es que si en una época no demasiado lejana Catamarca cifró sus esperanzas en la ganadería —como complemento, claro, del sector agrícola—, ahora ya es difícil que ésta pueda sustentar su economía. Un ejemplo de ello lo da el número de cabezas de ganado bovino, que si bien, según lo marcan los últimos censos, incrementó notoriamente su caudal, representa, apenas, el 0,5 por ciento del total nacional con doscientas veintiséis mil seiscientas diez cabezas. En cambio, el ganado porcino, por su típica explotación casera, se extiende sin mayores problemas. Su producción (siete mil novecientas cinco cabezas) cubre el dos por ciento del total nacional, calculado en cerca de cuatro millones de animales.

Esta relativa pobreza en el campo de la producción ganadera es similar a la que puede observarse en el ámbito esencialmente agrario. Sin embargo, Catamarca continúa dependiendo económicamente de ambas actividades. Sobre todo porque un veintiséis por ciento de su población total recurre a ellas para su subsistencia. De todas maneras, ello no impide que en plazos no muy extensos puedan llevarse a cabo los planes de desarrollo alguna vez previstos para la provincia, que tienen sus raíces en la industrialización y en uno de los más inmensos tesoros que se empecina en ocultar la tierra catamarqueña: sus yacimientos mineros.

INDUSTRIALIZAR, LA CONSIGNA PARA EL FUTURO

La producción industrial catamarqueña no es relevante en el orden nacional. Sin embargo, tiene su importancia regional: la producción manufacturera y una industria liviana recién en crecimiento absorben a las poblaciones desocupadas que emigran del campo a las ciudades. Su afianzamiento, de todas maneras, así como también su desarrollo, dependen en gran medida de

LA HERENCIA DE CASEROS



Juan Manuel de Rosas

Poco más de un mes tardó el pueblo catamarqueño en enterarse del derrocamiento de Juan Manuel de Rosas; recién el 5 de marzo el gobernador de la provincia, Manuel Navarro, comunicó el resultado de la batalla del 3 de febrero de 1852. Y no debió haberle sido fácil. Sobre todo si se tiene en cuenta que el 5 de diciembre del año anterior había remitido a la Legislatura una proclama de Urquiza cuyos términos invitaba a rechazar, y a aprobar, en cambio, los de la ley que acompañaba. Los considerandos —encabezados con los clásicos lemas de "¡Mueran los salvajes unitarios!" y "¡Muera el loco traidor salvaje unitario Urquiza!"— acusaban al jefe entrerriano de ser un pérfido personaje, entre cuyos pecados se contaban el haberse "ligado al gobierno brasilero y mancomunado a los salvajes, asquerosos unitarios" y el más grave aún de "haber ofendido vilmente al Excelentísimo señor general don Juan Manuel de Rosas".

El artículo primero ponía a disposición de Rosas "vida, haberes y fama" de los catamarqueños, mientras que el segundo le otorgaba la "suma del poder interior de la provincia". Por el tercero se comprometía a apoyarlo "concurriendo con la provincia en masa si fuera necesario", a la vez que declaraba a Urquiza "fuera de la ley" en todo el territorio catamarqueño. El artículo sexto, por último, exigía que la ley fuera suscripta por todos los legisladores, lo que ocasionó no pocos inconvenientes.

Los dos clérigos que integraban la Cámara encontraron una inteligente disculpa: el derecho canónico les impedía intervenir en decretos de muerte. Pero los diputados seglares no tardaron en hallar la respuesta adecuada y, según cuenta Manuel Soria, argumentaron que "la misma Iglesia ha establecido el tribunal de la Inquisición, el cual sentenció a muerte innumerables sujetos".

Como resultado de todas estas discusiones, la Legislatura propuso al gobernador que fuera él mismo quien la sancionara, ya que había asumido todos los poderes, haciéndole notar, además, que los legisladores religiosos se negaban a firmarla. La respuesta de Navarro fue terminante: en caso de que los diputados persistan en su negativa, "tendré que dar cuenta al Gobierno Nacional de tan fatal incidente, aunque con todo el dolor de mi corazón", amenazó, según consigna el mismo Soria. Para el problema planteado por los diputados con sotana tenía también una solución adecuada: reemplazarlos por los suplentes.

Sin argumentos posibles, la Legislatura sancionó la ley por unanimidad. Pero, al parecer, el gobernador catamarqueño abrigaba ciertos temores sobre la marcha de los acontecimientos porque destacó a un hombre de su confianza, Rosendo Segura, para que se dirigiera a Córdoba y desde allí lo tuviera al tanto de la situación. Pero las noticias se movían con extrema lentitud en aquella época, y mientras, quince días después de Caseros, Navarro ordenaba festejar con toda solemnidad la victoria de Manantial, obtenida por los rosistas tucumanos a expensas de las tropas comandadas por Crisóstomo Alvarez, partidario de Urquiza, su emisario viajaba hacia Catamarca con la inquietante novedad.

De esta manera, recién el 22 de febrero Navarro se enteró del derrocamiento de Rosas, pero, ya fuera porque no dio crédito a su enviado o porque esperaba una reacción del Restaurador, esperó hasta el 5 de marzo para comunicarlo a la Legislatura.

El mismo día la noticia le fue anunciada al pueblo por bando, y a partir de ese momento Urquiza empezó a ser tratado en términos muy diferentes de los anteriores. El 17 de marzo, el diputado Herrera mocionó para que Catamarca reasumiera los poderes que había delegado en Rosas, proponiendo al mismo tiempo la derogación de todas las leyes y disposiciones dictadas a favor del gobernante derrocado y contrarias al vencedor de Caseros.

Así fue como se dictó un nuevo documento legal que reivindicaba para los representantes del pueblo catamarqueño el derecho de tomar decisiones. "Esta libertad —decía— fue conquistada por el invicto brazo del héroe entrerriano, por los sabios principios republicanos y virtudes desconocidas proclamadas a la faz del mundo constantemente por el grande hombre de Sud América, ilustre brigadier general don Justo José de Urquiza."

En el articulado de la ley se agradecía a Urquiza por lo hecho y se lo declaraba "Libertador de la República Argentina", a la vez que se invitaba a regresar a todos los exiliados por causas políticas. El 26 de marzo la Legislatura delegó en el jefe de la Confederación Argentina el manejo de las relaciones exteriores (que había reasumido la provincia después de la caída de Rosas) y los "negocios de paz y guerra". El gobernador Navarro, sin embargo, no participaba de esta euforia y su postración física y espiritual era cada vez mayor. Por si fueran pocas sus tribulaciones, el 27 de abril arribó a Catamarca un enviado de Urquiza con la misión de invitar al mandatario al Acuerdo de San Nicolás. Pero por una vez la Providencia vino en su auxilio; su muerte, sucedida el 4 de mayo, le evitó el bochorno de encontrarse cara a cara con su antiguo enemigo.

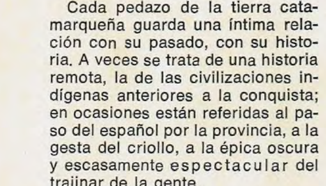


SORTEANDO LA MUERTE

El 14 de abril de 1865 las tropas del presidente paraguayo Solano López invadieron la provincia de Corrientes, desatando una guerra que durante cinco años enfrentó a la Argentina, Brasil y Uruguay con el ejército guaraní. En la emergencia, el gobierno nacional requirió al interior del país el envío de tropas para engrosar el ejército de la Triple Alianza, pero las provincias no se mostraron muy dispuestas a proporcionarlas. Catamarca entre ellas. En efecto, el contingente que le fue asignado debió reclutarse recurriendo a métodos muy poco respetuosos de la persona humana. "Se ponían guardias hasta en las puertas de los templos para tomar a los hombres que iban a misa, sin averiguar si estaban eximidos por la ley", escribió el juez nacional Filemón Posse al ministro de Justicia. Lo cierto es que de una u otra forma los trescientos cincuenta hombres fueron reunidos y sometidos a un período de instrucción antes de ser enviados al frente.

Las condiciones en que se vio obligada a vivir la tropa durante todo este tiempo fueron tan penosas —"más parecen mendigos que soldados que van a combatir por el honor del pueblo argentino", hacía notar Posse— que empujaron al grupo a rebelarse. La intentona fue sofocada, sin embargo, y los cabecillas sometidos a consejo de guerra. Tres de ellos, acusados de "amotinamiento y deserción", fueron condenados a muerte. Pero sólo uno de los sentenciados, elegido por sorteo, perdería la vida; los otros deberían servir durante cuatro años en las tropas de línea.

El 29 de octubre de 1865 se realizó la ceremonia: Juan Lazarte, Pedro Arcadé y Javier Carrizo convinieron entre sí que sería ejecutado quien obtuviera menos puntos a los dados. Una "caja de guerra bien templada" sirvió de tapete y la suerte fue adversa a Carrizo. Poco antes del mediodía, apenas un sacerdote acabó de confortar su alma, fue fusilado.



HISTORIAS Y PAISAJES

Cada pedazo de la tierra catamarqueña guarda una íntima relación con su pasado, con su historia. A veces se trata de una historia remota, la de las civilizaciones indígenas anteriores a la conquista; en ocasiones están referidas al paso del español por la provincia, a la gesta del criollo, a la épica oscura y escasamente espectacular del trajinar de la gente.

Así, ingresar en las centenarias callejas de Londres supone vivir una experiencia inédita y emocionante: es imposible sustraerse a la idea de que fue la primera población que los conquistadores erigieron en el corazón del imperio diaguita. De la misma manera, a escasos kilómetros de la ciudad capital, las lomas de Choya recuerdan a Juan de Salazar, un vizcaíno que en 1620 descubrió en una gruta la imagen de una Virgen que llamó del Valle. Hoy la venera toda la provincia.

La ciudad de Capayán está asentada sobre un antiquísimo poblado indígena que ya en 1540 era mencionado por los españoles. Cuando se produjo el gran levantamiento calchaquí, allí fue muerto a flechazos el mercedario Juan Pablo Valera. Junto a él cayó, también, un Fray Pablo que, según los cronistas, acabó hecho "un erizo", por la cantidad de saetas que le acertaron.

En Ancasti, cabecera del departamento del mismo nombre, nació Ramón Castillo, vicepresidente, primero, y luego presidente de la Nación. También allí vio la luz la única mujer que alguna vez encabezó un golpe de Estado en el país: Eulalia Ares de Vildoza. En El Tala, departamento de Santa Rosa, el **Tigre** Facundo Quiroga venció a Lamadrid en 1826. Cuenta la historia que el derrotado curó sus heridas y repuso sus fuerzas bajo un árbol que aún sigue brindando testimonio y sombra.

Fray Mamerto Esquiú es figura venerada en Catamarca. En La Carrera, la vieja iglesia del Señor del Milagro —una construcción del siglo XVII— custodia la pila bautismal del sacerdote. Cerca de allí, en San José de las Piedras Blancas, se halla la casa en que nació el prócer; la cubre un templete y aún se conservan las ruecas en que hilaba su madre.

Bajando una agreste cuesta se tropieza con Hualfín, donde alguna vez se detuvo Juan Lavalle durante varios días, seducido, se dice, por los expresivos ojos de una lugareña. Según la leyenda, la muerte lo sorprendió envuelto en el poncho que la mujer le entregara como recuerdo.

En Punta de Balasto, distintos grupos de ruinas indígenas de original construcción se escalonan a lo largo del río Santa María. "Las unidades de vivienda —anotan Vilafuerte y Machado— poseen muros dobles construidos con grandes cantos rodados sin trabajar, sin mezcla, estando las piedras trabadas por otras de menor tamaño". Y hay más reliquias, por supuesto, porque Catamarca es un lugar donde es posible tocar el ayer y percibirlo en una multitud de cosas y lugares: en una imagen, en un árbol o una flor, en un tamal, en el tañido de una campana centenaria.